Plañideras



Rox Martínez Cabezas

PLAÑIDERAS

Novela

Escrita por Rox Martínez Cabezas

Sinopsis

Catalina Montesinos, viuda del ofertante Francisco de Odena y considerada la mejor plañidera de toda la comarca, recibe la petición de la señora de Entenza, Condesa de Prades, para ejercer, junto a sus dos hijas, Mercedes y Blanca, en el funeral de su marido, el Conde, a punto de morir.
Sin embargo, la visita desata una tormenta de conflictos, destapa los secretos familiares y da pie al trágico y último llanto.

"Cada día morimos, cada día cambiamos y sin embargo nos creemos eternos"

Struit insidias lacrimis cum femina plorat

("Cuando una mujer llora, está poniendo trampas con sus lágrimas").

Dionisio Cantón

Aequat omnes cinis

("La ceniza nos iguala a todos").

Séneca

Agradecimientos

A mi adorada Isabel Laso, por su maestría en transmitir sus conocimientos en el arte escénico y porque sin ella, jamás hubiese entendido el mundo del Arte y del Teatro.

A mi marido, Ruben García, por su apoyo y edición, y por embarcarse, a mi lado, en esta aventura.

A Ubaldo R. Olivero por sus correcciones y ánimos para que la novela viese la luz.

A mi querido amigo Ricardo Muñoz, por su siempre estar disponible y por cederme todo su arte pictórico.

A Wojtek Red por cederme su arte fotográfico y plasmar de forma única el alma de la novela.

A todos los que me ayudaron en el proceso de investigación, en especial al maestro Javier Coria, por sus grandes conocimientos y su capacidad de transmitir los mismos, con esa pasión que le caracteriza.

A la familia, amigos y conocidos que siempre han estado a mi lado de forma incondicional.

A ti, querido lector, por atreverte.

A mi hija, Aitana, por hacerme madre.

1

El interior de la casa olía a sudor y a medicinas y a cerrado.

La Condesa recibió una carta de su servicio. La abrió rasgando el sello que lacraba el pergamino con la punta de su abrecartas. Fue un gesto seco, como el del manotazo que extermina a un mosquito. Sintió caer sobre sus pestañas copos de una nevada invisible, como si le hubieran erosionado los huesos todos los fríos del mundo, finísimos, diminutos, acumulados en la sucesión de temblores que, por un instante, pareció estremecerla.

Los dedos de la Condesa se aferraron a la carta y sus ojos engulleron, con avidez, las palabras.

El Conde estaba en el sofá exhausto, pálido y flacucho. Desde el rostro, gastado y descompuesto, esputaba sangre, tosía sin cesar y manchaba el pañuelo, de algodón, con grumos de sus coágulos.

—Todo el mundo fuera —ordenó la condesa.

El servicio se marchó. El sonido de la puerta al cerrarse alargó un eco de palabras que costaba pronunciar. Era un silencio propio de las parejas que se sientan a cenar por costumbre, y se cuentan cosas que no les interesan, que sirven sólo de entretenimiento, de hábito para fingir que todo sigue estando en el sitio que le corresponde.

La Condesa se aproximó hacia el ventanal que había al fondo del comedor. La luz se filtraba morosa e incipiente. Era una luz rojiza, laminada, que entraba por el cristal, y conservaba el recuerdo de otras tardes, en las que las gotas de lluvia tamborileaban sobre las tejas, y el

cielo ennegrecía las vigas, ajeno al resplandor que entonces bañaba a la Condesa.

El Conde tosía sin cesar.

La Condesa se quedó pensativa.

—No tienes muy buen aspecto, querido —le acarició la mejilla y le mesó las canas—. En fin, ya he recibido la contestación de esa mujer a la que tanto te empeñas en traer aquí. Aunque a juzgar por tu aspecto, será mejor que nos demos prisa o no llegará a tiempo.

La Condesa arrugó la carta. Se sirvió un licor. El Conde escuchó el borboteo del líquido rellenando la copa.

—Espero que estés contento querido —murmuró la Condesa—. En fin, ya tienes lo que pedías, aunque sigo diciendo que todo esto no creo que sea necesario, pero si esta es tu última voluntad, soy tu esposa y como tal he de cumplir las voluntades de mi marido —se aproximó a él.

El Conde dejó de toser. La Condesa escuchó su cansada respiración. Parecía entender que su mujer no aprobaba su decisión. Que la temía.

—Caprichoso, maldito caprichoso —le echó en cara la Condesa, con un tono arrugado como el tiempo de un pergamino ajado—. Desde que te conocí siempre quisiste todo a tu antojo. Descansa. Llamaremos a la muerte más tarde. No, deseo que todo esto quede en vano.

—Te…..re….ssa… —intentó decir el conde, en muy malas condiciones, casi tan apagado como las velas que llegan al punto final de su consumo.

Al conde le subían por la garganta esputos sanguinolentos. Durante unos instantes contempló las gotitas de sangre, con el dolor agudo que las acompañaba y le invadía buena parte del pecho. En el rostro emblanquecido le aparecía una expresión seria y grave, una de busto romano, escrupuloso, la conciencia de oler a hojas podridas, el olor cobrizo de la sangre, el de su propio miedo a no tener el tiempo que quería.

Sintió ese miedo tan cercano como la náusea. No se iba a asustar, ni a temblar, ni a llorar, por más solo que se sintiese. Pensó en las vigas ennegrecidas del castillo, en el relincho de los caballos cuando llega la guerra, en la niebla que envolvía, a veces, las montañas como si fueran nubes de humo.

Ella ni se daba cuenta. Flotaba un olor a flores mustias, orina y sangre seca, y, desde arriba, la casa era tan sólo una sucesión de ruidos, de pasos, de silencios.

La Condesa llamó al servicio, con indiferencia.

Entró el mayordomo.

—Preparad los caballos y el equipaje —ordenó—. Marchamos de viaje por unos días. ¡Hacedme el favor de subir al Conde a su aposento! Está tan pálido que a este paso me lo vais a confundir con los muebles o con las cortinas.

Catalina se puso a escribir la carta que la Condesa recibiría poco después. Las palabras resonaban en su cabeza con una voz tan dulce como fuerte, según el sentido y la entonación que deseaba darles.

—“*Estimada Condesa de Entenza,*

después de varias cartas, ha llegado a mis manos la decisión de usted en relación a la contratación de mis servicios junto al de mis dos adorables hijas, Mercedes y Blanca, cuya única intención es honrar con nuestra presencia el inevitable funeral de su marido el Conde de Entenza.

Decirle con esta carta, que me honra tal decisión, aunque nos vemos en la necesidad de tener que rechazar tan suculenta invitación de visitarla para tratar las condiciones que nos suman, ya que tengo que decirle y no se ofenda por ello, que este tipo de temas son tramitados en el lugar que yo determino y con la más estricta intimidad. En el caso que usted siga interesada en continuar con esta petición cabe la posibilidad de reunirse conmigo en la dirección que le detallo al pie de esta carta.

Esperaremos su visita a lo largo de estos días.

Muy atentamente, Dios guarde a V.S. muchos años, como deseo.

Catalina Montesinos, viuda de Francisco de Odena”

Blanca estaba sentada delante de un espejo grande. Al lado Mercedes, cubierta con un velo negro, sujetaba con los brazos medio abiertos otro negro velo bien doblado.

Detrás estaba Catalina acabando de peinar a Blanca. Las tres

estaban vestidas de riguroso negro. Era el traje de la ceremonia.

Al lado había una mesita que sostenía un cuenco viejo de madera.

Catalina mojaba en él un pañuelo sin cesar y sin ver su reflejo en el espejo.

Catalina cogía el velo a Mercedes, lo desdoblaba con cuidado.

Ahora se veía la cara de Blanca y ésta rompía a llorar en silencio.

De sus ojos empezaban a caer lágrimas. Sus manos se cerraban con fuerza.

Catalina la miró desde atrás y se vieron las dos en el espejo. Sonrió con gran satisfacción. Le puso el velo.

—Ya estamos. Podemos marcharnos —dijo Catalina—. Nos esperan y no podemos llegar tarde —Catalina se levantó, miró por la ventana y les dijo a sus hijas—. Fijaros. Ha venido hasta el mismísimo alcalde. Así que llorar y gritar tan fuerte que vuestros cuerpos queden sin respiración e inertes, como el que está metido en esa caja. Su esposa está en muy malas condiciones, quizás quiera convertirse en nuestro próximo confidente y unirse a la procesión de las lamentaciones.

Las dos hermanas hicieron una reverencia a la madre. Le besaron las manos. Se fueron.

Catalina quedó de pie delante del espejo. Se giró y se miró en él con la cara de satisfacción, mojó el pañuelo en el cuenco, se lo acercó a la cara. Se puso el velo.

—Cuantos años haciendo lo mismo Catalina, cuántos —murmuró —. Nadie de este maldito pueblo hará de ti cenizas. No tenías que haberle dicho a la Condesa que viniera, sabes como se las gasta y su marido no sabe ni tan siquiera pronunciar su nombre, tientas al azar

el camino que te labras. La necesitas más que a nadie y tu orgullo, tu vanidoso orgullo, convertirá esta torre de marfil en papel —cambió de registro—. Aunque otra salida podría ser la de casar a una de tus hijas. Como no espabiles, en poco tiempo se dedicarán a vestir santos en lugar de llorarles. Tendrás que casar a Blanca, si quieres continuar contando las lunas en monedas de plata, además, es la que menos caso te hace. Así matas dos pájaros de un tiro. El hijo del Conde busca ser desposado y su fortuna bien crecida la tendrá en monedas y en tierras a la muerte del padre. A ver que tiene que decir la Condesa cuando sepa que nos podríamos convertir en su familia más directa. Puedo ver su cara. No es mala idea Catalina. No lo es —murmuró para sí misma acabando de ponerse el velo negro que le cubría todo el rostro.

En ese momento se acercó Mercedes.

—Madre, ya está todo preparado. Marchamos cuando usted lo mande —aceptó, cabizbaja.

Doblaban a muerto las campanas en la iglesia de San Martín de Tous.

La villa estaba rodeada de campos de cultivo y al noroeste podía verse la sierra de Queralt.

La iglesia era fría como un pozo profundo. En las primeras filas de bancos, a la izquierda, algunas aldeanas se pasaban allí las horas muertas, con los brazos sarmentosos cruzados sobre el vientre y el pañuelo negro sobre la cabeza.

El incienso, que el monaguillo había quemado en el incensario, perfumaba el ambiente. Tras el altar mayor había un crucifijo, una talla románica, que parecía contemplar la maravillosa orfebrería del cáliz y los ricos paños del altar.

Las velas se consumían en los candelabros de latón y el sacerdote leía las partes escogidas del viejo misal.

Las aldeanas se santiguaban y respondían "Amén".

Se movían las medallas, los rosarios y las estampas.

El incienso invadía la iglesia. Se apoderaba de cada rincón por más escondido que estuviese.

Tras el altar salió el monaguillo llevando el incensario. Le seguían los familiares del difunto.

Entre ellos estaban Catalina, Mercedes y Blanca que no paraban de llorar.

Hacían sus rezos y su cometido. A cuál más profesional.

Todos ellos cruzaron los pasillos hasta salir afuera. El aire rezumaba

tristeza y la luz brillaba entre silencios rotos por el llanto. La luz lo invadía todo, y chocaba con las ropas negras y con las manos callosas del difunto.

El ataúd del difunto discurría por un laberinto de calles estrechas, a veces enfangadas, abarrotadas de aldeanas rústicas y pobres, bajo fachadas con hierros oxidados por el tiempo y muros sucios. El sacerdote miraba con muy mal ojo, en todo momento, a las plañideras.

¿Cómo trabajaban, cómo amaban, cómo vivían?

Todas las calles olían a incienso tras el paso fúnebre, y apenas dejaba atrás el sordo murmullo de las aldeanas.

El paisaje había adquirido hábitos tranquilos, y el viento desnudaba los árboles y arbustos. Catalina, Mercedes, Blanca y los familiares ya poco más podían hacer por el difunto.

Se escucharon murmullos que hablaban de lo fácil que pasamos del polvo al lodo, fríos, como si las consecuencias de la muerte del difunto las estuvieran sufriendo todos en lugar de él.

La gente rezaba con sordo rumor y las manos cruzadas sobre el pecho. El cortejo velaba al muerto como el silencio vela a la plaza solitaria, con un denso, contrito rumor que se apagaba al son argentino de una campanilla, que daba paso a la oración comunal, como los quiquiriquíes del gallo despiertan el inicio de cada jornada.

Había un coro con mujeres vestidas de negro entonando el Dios te salve María. Mujeres de ojos negros y profundos, en cuyas casas había representadas Santas Cenas, y cuyas claras voces eran dulces, acariciadoras como el verdor renovado de las praderas.

El coro de mujeres cantó el ave maría:

—Dios te salve, María, llena eres de gracia, el Señor es contigo. Bendita eres entre todas las mujeres y bendito es el fruto de tu vientre, Jesús. Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros pecadores ahora y en la hora de nuestra muerte. Amén.

Tenían aún entumecidas las voces, pero sabían cómo debe ser un entierro. Eran aldeanas con facciones ajadas de forma desigual, surcadas por el trabajo acumulado, olvidado, siempre penoso. Algunas tenían narices anchas y pómulos marcados. Otras tenían canas, y los colmillos negros de mascar tabaco. Descansaron con las manos apoyadas en las rodillas, bajo los vestidos negros, y con la cabeza gacha miraron al suelo.

Después cantaron la salve:

—Dios te salve, Reina y Madre de misericordia, vida, dulzura y esperanza nuestra; Dios te salve. A Ti llamamos los desterrados hijos de Eva; a Ti suspiramos, gimiendo y llorando, en este valle de lágrimas. Ea, pues, Señora, abogada nuestra, vuelve a nosotros esos tus ojos misericordiosos; y después de este destierro muéstranos a Jesús, fruto bendito de tu vientre. ¡Oh clementísima, oh piadosa, oh dulce siempre Virgen María!

Una voz decía *Ruega por nosotros, Santa Madre de Dios*.

Le respondían *Para que seamos dignos de alcanzar las promesas de Nuestro Señor Jesucristo.*

Las posesiones de todas aquellas aldeanas del coro, juntas, quizá no cabían ni en un hatillo, pero sus voces traslucían una gravedad contagiosa. Se convertían en una brisa que alteraba el clima

del aire y hasta parecía cambiar las almas de lugar. Y así decían:

Omnipotente y sempiterno Dios, que con la cooperación del Espíritu Santo, preparaste el cuerpo y el alma de la gloriosa Virgen y Madre María para que fuese merecedora de ser digna morada de tu Hijo; concédenos que, pues celebramos con alegría su conmemoración, por su piadosa intercesión seamos liberados de los males presentes y de la muerte eterna. Por el mismo Cristo nuestro Señor.

Y respondían:

Amén

Y después, casi en un acto mecánico y con gesto adusto, proseguían:

Acordaos, ¡oh piadosísima Virgen María!, que jamás se ha oído decir que ninguno de los que han acudido a vuestra protección, implorando vuestro auxilio, haya sido desamparado. Animado por esta confianza, a Vos acudo, oh Madre, Virgen de las vírgenes, y gimiendo bajo el peso de mis pecados me atrevo a comparecer ante Vos. Oh madre de Dios, no desechéis mis súplicas, antes bien, escuchadlas y acogedlas benigna mente. Amén.

Y en las pieles cargadas de años reverberaban las lentas oraciones, que sostenían el consuelo, el peso y la memoria de los feligreses. Voces de lluvia en el molino, de copos y de nieve, que sacaban de sus gargantas más oraciones:

Bendita sea tu pureza y eternamente lo sea, pues todo un Dios se recrea, en tan graciosa belleza. A Ti celestial princesa, Virgen Sagrada María, te ofrezco en este día, alma vida y corazón. Mírame con compasión, no me dejes, Madre mía. Amén.

Hasta que llegaron a cantar la última:

Bajo tu amparo nos acogemos, Santa Madre de Dios, no desprecies nuestras súplicas en las necesidades, antes bien líbranos de todo peligro, oh Virgen gloriosa y bendita. Amén.

El difunto era un mozo de Cal Claramunt, de la primera casa al pie de la primera vuelta, que todos en el pueblo tenían en muy buen consideración.

En aquel pueblo las casas estaban escalonadas y las calles y callejuelas discurrían entre vueltas y túneles, a causa de los desniveles del terreno.

Catalina y sus hijas seguían llorando mezcladas entre los familiares —era un sollozo de teatro puro.

El sacerdote santiguaba al difunto.

Los feligreses y familiares cuchicheaban entre ellos alrededor de ellas.

Se miraban unos a otros. Murmuraban.

Ellas rompieron a llorar y entonces algunos hasta les hicieron alguna pequeña reverencia.

Detrás de todos había un hombre con sombrero de copa y capa. Se trataba del ofertante y se encargaba de despedir a los presentes en nombre de los deudos.

Eran gente bien posicionada.

Tras ellas se alejaban aldeanas anonadadas por la tristeza, que quedaban atrás con los ojos llenos de lágrimas y los corazones henchidos de dolor.

El coro se disolvió. Las campanas dejaron de doblar. El difunto ya no tenía un peso real. Toda la muerte del mundo había entrado en él y él se había disuelto por entero en el mundo que ya no le rodeaba. La vida seguía su curso.

Se habían llevado al difunto.

Camino del cementerio se iba el ataúd, a hombros de cuatro pobres, que pasaron cerca de la Plaza Mayor, y después lo llevaron hasta la ermita de Sentfores y hasta el camposanto, sin que nadie supiera el porqué de tan extraño, torpe y lento recorrido.

Lo habían sacado bajo un cielo azul sin nubes, a recorrer las calles desiertas en las que alguna vieja se había sentado a la sombra, en la calma absoluta, mientras el agua discurría por su curso, y las moscas zumbaban borrachas de sol. La desnudez del paisaje sobrecogía hasta al féretro.

Lo habían sacado al olor pesado y caliente del estiércol, al hedor de las cloacas que se escapa por las alcantarillas, al perfume de los establos que flanqueaba el trayecto hasta el cementerio, apenas suavizado por el aroma del riego, que contrastaba con el olor áspero y tenebroso, como un pozo seco que añorara el agua corrompida del difunto.

En el interior de la casa estaba Catalina con sus dos hijas. Muchos de los presentes les hacían compungidas reverencias.

Se oían caer las pisadas de quienes marchaban sobre las piedras que empedraban las calles. Eran pisadas huecas en un pueblo sin ruidos, que teñían de ecos las casas vacías y la soledad de las puertas abiertas que se iban cerrando, que dejaban atrás el cadáver, suspendido en la tarde y en el llanto, en la magia y la leyenda, en los surcos rectos, interminables y despoblados que ofrecía la viña del

señor.

Las plañideras habían acompañado al difunto llorando y dando gritos descompasados. Cierto es que en la iglesia, junto al féretro, habían puesto tanto entusiasmo que habían molestado al sacerdote en su oficio. Y cierto es que éste había amenazado con referirle al obispo lo sucedido, para que le concediera facultad para evitar tal abuso, el mucho alboroto y el ruido de los llantos, y echarlas de la iglesia o implorar el auxilio de la justicia, o hasta multarlas con medio real, multas que irían a la luminaria del santísimo, pues era su deber desterrar tan pernicioso abuso. Así que no era de extrañar el tenso diálogo que, en casa del difunto, intercambiaron Catalina y el enjuto y joven sacerdote.

Al final del sepelio las plañideras se quedaron solas con el sacerdote, que se les acercó con el cansancio propio del oficio y la expresión destartalada, de fatiga y ojos secos.

Las lágrimas de las plañideras habían rebosado en el lacrimatorio, el vaso donde habían sido recogidas como muestra de dolor y respeto, junto al difunto.

Eran hipócritas. Se ganaban la vida con el dolor ajeno. Era un talento con el que habían nacido, y a fuerza de plañir tenían acostumbrados los ojos, los músculos y el alma.

—In nomine Patris et Filii et Spiritus Sancti. Amén —se santiguó el sacerdote—. Llorar, llorar, que puede que éste sea vuestro último funeral. A Dios rezo cada día para que un futuro no os dejen hacerlo ni en el vuestro. Tenéis los días contados como el pobre al que acabamos de dar sepultura.

Las miró con ojos negros, de cuervo silencioso, hambriento y extraño, en cuyo pico se quebraran insectos o gusanos destinados a una violenta muerte. Las miró con la sed del lobo que quiere marcar su territorio sacando los colmillos a la luz.

Catalina lo miró. Se rió, con un tono amenazante en realidad, pues no le hizo gracia lo que había escuchado, y el sacerdote no pudo evitar que un escalofrío le recorriera el cuerpo.

La templanza se gana con las experiencias de la vida, y los pies de Catalina le llevaban a los del sacerdote muchas más leguas de ventaja de las que éste podía imaginar.

5

Desde la casa podía verse el castillo de Odena, en la cumbre, y el monte de Aguilera que se extendía por toda la comarca.

El carruaje había cruzado por un paisaje de fuentes, caminos y masías y había llegado hasta una casa de piedra y adobe, de tejas rojizas, desde la que podía verse, solitaria, la torre albarrana, vigía de la villa.

A causa del desnivel del suelo, del mal empedrado y de la forma de uve, que tenía para evacuar basuras, dentro del carruaje la Condesa iba dando botes, con los huesos molidos, como si se estuviera meciendo en una cuna enloquecida, y desde la ventana veía desfilar recuas de mulas, carros con bueyes, hombres y mujeres de campo en busca del mercado, entre fugaces vistas y torpes trompicones.

Cesó el sonar de los cascos ferrados, de los caballos, chocando

contra los guijarros de la calzada. Habían llegado. El cochero vestía librea, casaca y calzón verde. Abrió la puerta y la Condesa descendió como un silencio que fuera a meterse entre arcas, alacenas y baúles.

Entre Odena y Prades había casi diecisiete leguas de distancia. Era un viaje de dos o tres jornadas. Aún llevaba en el cuerpo el traqueteo del carruaje cuando se acercó a la casa. Por fin, estaba ante el umbral, la aldaba y el roble macizo.

El cochero se sacudió con la mano el polvo que llevaba pegado a las perneras, mientras veía alejarse a su pasajera.

La Condesa llamó a la puerta tres veces. Sintió en los nudillos el tacto frío de la gruesa puerta de roble.

La repetición de los tres golpes era la contraseña que le habían señalado en la carta. El cerrojo se abrió con un lento chasquido.

Le atendió Blanca. Contempló su figura como quien tropieza con un gigante de piedra.

Entraron al patio. Las hojas de la puerta se cerraron. Blanca corrió el cerrojo.

La condesa entró al salón de la casa de Catalina con el brazo izquierdo estirado, hasta la cintura, y el derecho flexionado, como si fuera a taparse la boca.

—Pase, señora Condesa —le indicó Blanca, gesticulando con las manos—. Pase, pase. Mi madre la está esperando.

La Condesa la miró extrañada.

—¿Tu madre? Oh —respondió la condesa—. Muchísimas gracias joven, pero esperaba ser atendida por el servicio.

—Por supuesto, señora Condesa —explicó Blanca—, pero mi señora

madre les ha dado la tarde libre. Suele hacerlo cuando tiene este tipo de reuniones —le guiñó un ojo y prosiguió en voz baja, casi en un susurro— no quiere que nadie sepa ni lo más mínimo.

—Está bien —aceptó la Condesa—. Mientras no tenga que servirme yo misma.

La condesa rió con desparpajo y esperó de Blanca lo mismo aunque Blanca no se rió y guardó la compostura.

—Por cierto —la condesa se quitó el sombrero, con delicadeza—, ¿qué le ha pasado en el rostro?

Blanca giró la cara, mirando hacia el suelo, como si la tierra pudiera tragarla.

—Nada, señora Condesa. Nada que mi señora madre no pueda solucionar.

La Condesa la miró extrañada, otra vez. Mientras se quitaba el abrigo y se lo dio junto al sombrero.

Llegaron a la sala donde esperaba Catalina. Blanca se fue, entró la Condesa y se levantó para saludarla Catalina.

—Señora Condesa, bienvenida sea usted a mi casa —dijo—. Espero que haya tenido un buen viaje.

—Para serle sincera —arrugó la escueta nariz la Condesa—, no ha sido muy agradable que digamos, pero nada es mejor que buen aposento para reparar tanto desgaste. Y a decir verdad, los caballos están en peor estado.

—Usted lo ha dicho, nada mejor que un buen descanso —convino Catalina—. Viene desde muy lejos y permítame que me atreva a

decirle que es todo un honor y mucho orgullo que nos visite para contratar nuestros servicios.

—No se moleste —respondió la Condesa—, llegó a mis oídos que usted es la mejor de toda esta comarca y quiero que sepa que yo no acostumbro a hacer las cosas desde tan lejos y mucho menos de esta manera.

—Oh, Señora Condesa, como es usted —le dijo Catalina—. Llama nuestra atención y ahora parece ser que está algo molesta. Tengo que decirle que tendré que recompensar a la persona que liberó enriquecidas palabras con sendas recomendaciones. Han tenido que ser muy buenas sólo por el mero hecho de hacerla desplazar con el disgusto que se nos ha llevado, señora Condesa.

—Le aplaudo por su certeza. Son fuentes muy fieles y serviciales, pero justifico esa molestia porque no estoy acostumbrada a desplazarme —reconoció la Condesa—. Tenía ciertas dudas. Pensé que era mejor que viniese yo misma y dejar a mi hijo al cuidado de los negocios familiares y del Conde por supuesto.

—Solo espero que todas esas dudas sean disipadas como nubes que desaparecen después de la tormenta —indicó Catalina—, y hace muy bien en dejar a su hijo todos los asuntos de mayor requerimiento. Aquí nos han llegado informaciones de que es un joven muy educado y por supuesto un aún más apuesto caballero, que busca una alianza para poder pasar por el altar.

—Sí. Veo que está usted informada —arrugó de nuevo la nariz la Condesa—, me asombra mucho saber de su capacidad, teniendo en cuenta que vive en una comarca pequeña y algo alejada de la

nuestra.

—Soy la mejor, no lo dude —se jactó Catalina—, al igual que mis dos hijas. Mi madre fue plañidera y la madre de mi madre, y así sucesivamente durante muchas generaciones. El apellido lo confirma, tanto el de mi querida madre como el de mi querido difunto marido. Al igual que lo confirmarán el de mis hijas. En la familia no cabe duda de que hemos sido, somos y seremos las mejores plañideras de todo el reino.

—Eso quizás lo diga yo —murmuró la Condesa—, una vez haya completado sus servicios, ¿no cree?

—Lo hará, lo hará —Catalina aprovechó para cambiar de conversación—. Ah, pero que descortés por mi parte, ¿quiere tomar algo la Señora Condesa?

—Preferiría acabar lo antes posible —dijo, seca, la Condesa—, pero ya que usted se ha ofrecido, desearía algo que detenga esta sed, por favor.

—Permítame —se ofreció Catalina mientras tocaba la campanilla.

Apareció Mercedes.

—Usted dirá madre.

—Tráenos algo que nos apague esta sed hija mía —pidió Catalina —. Por cierto, no te has presentado. Discúlpela Señora Condesa, es tan bruta como su difunto padre. Le presento a mi hija Mercedes, la mayor. La pequeña es Blanca. La llamaré para que la conozca. Es joven, frágil y hermosa como la rosa blanca. Le caerá estupendamente. Créame —dijo como quien no quiere la cosa—, sería una buena esposa para su hijo. Le daría buenos nietos, bueno, nos daría, aunque un

varón para ustedes y una hembra para nosotros no estaría mal para empezar.

Catalina intentó llamar con la campanita pero la Condesa la detuvo justo antes de que sonara.

—No se moleste —la cortó la Condesa—. Empiezo a oler ciertas oscuras intenciones, y a su hija ya la he conocido antes. Hemos intercambiado dos palabras. Fue quién me abrió la puerta. No quiero ser descortés y atiendo a su sugerente comentario, pero ¿no cree que les coge un poco lejos para conocerse? Ah, por cierto, también me ha comentado que usted ha dado la tarde libre al servicio.

—¿Eso le ha comentado? —Catalina enarcó la ceja derecha y se mostró impasible.

Sonrió para sí misma con algo de incertidumbre y para sí misma se dijo:

—*Además de la belleza, no cabe duda que ha heredado la elocuencia de su madre*.

La Condesa la miró extrañada y dubitativa.

Mercedes se fue.

Catalina cogió las cosas de bordar y empezó a bordar.

—Está bien. Hablemos de sus servicios —abrevió la Condesa—. No dispongo de mucho tiempo y como usted sabrá, es algo que va en contra nuestra.

—Explíquese —dijo, seria, Catalina.

—Como le he comentado antes —repitió la Condesa—, ha llegado a mis oídos que usted es una de las mejores lloronas de toda la comarca, no hay difunto que se le resista, ni los curas ni hasta el mismísimo

Arzobispo, ¡por poco ni hasta el mismísimo Dios!

—Reconozco que mi relación con la Iglesia está tan muerta —dijo Catalina con tono compungido— como esos difuntos que lloramos.

Entró Mercedes con la bebida. La dejó.

Mercedes se fue.

—Posee usted un gran y distinguido sentido del humor Señora de Odena —incidió la Condesa, ipso facto, por lo que acaba de escuchar — pero mire que es una lástima que tenga que desarrollarlo en un marco tan triste, entre lloros y lágrimas continuados.

Catalina sirvió de beber a la Condesa.

—Descuide, con el paso del tiempo —dijo— he llegado a la determinación de que algunos difuntos dan mejores conversaciones que algunos vivos.

La Condesa bebió y se atragantó mientras escuchaba lo que acababa de decir Catalina.

—Le contaré un secreto —cuchicheó Catalina—, ahora que vamos a intimar un poco más, no lloro por los que pasan a mejor vida, lloro por los que se quedan.

La Condesa se quedó pensativa durante unos instantes. Luego dio un sorbo y continuó como quien no quiere la cosa.

Seguían sentadas las dos.

—Como le iba diciendo, todo el mundo comenta —murmuró la Condesa— que allá dónde están usted y sus hijas, hay el prestigio necesario, que por algún tipo de circunstancia la familia había perdido en algún momento. No me malinterprete Señora Montesinos, no se trata de nuestro caso, simplemente queremos que nuestra reputación

quede mucho mejor referenciada. ¿Eso es lo que hacen las lloronas como ustedes no?

Catalina sirvió más bebida a la Condesa. Ésta la rehusó, con un gesto negativo de su mano derecha.

—Ya entiendo —gesticuló con la cabeza Catalina—. Permítame decirle que quién se lo comentó no la engañó. Efectivamente nosotras podemos dar el prestigio necesario para callar muchas bocas incómodas. Pero una cosa, Señora Condesa, si vamos a trabajar para usted, y espero que no se moleste, me estimaría que no nos dijera "lloronas" con ese tono tan despectivo, cuando se refiera a nosotras.

—¿No la entiendo? —se quejó la Condesa—. ¿Acaso no son ustedes eso? Yo las voy a contratar precisamente para ello y venir aquí personalmente es por motivo del gran interés que me suscitan. Como le dije antes, normalmente no suelo desplazarme para tratar asuntos tan personales. Podría haber enviado a mi hijo, pero he estimado mejor que viniera yo, personalmente, a tratar un tema tan delicado. El nombre de Entenza es tan conocido y honrado que se le reconoce a tantas leguas como puede recorrer cualquiera de nuestros caballos.

Catalina se levantó.

—Permítame señora Condesa decirle con un aire de franqueza que durante décadas, generación tras generación, hemos ido ejerciendo esta humilde y mal venerada profesión. Hemos sido contratadas por las mejores familias, por aquellas casas en las que la reputación del fallecido era categóricamente repulsada, hemos llorado en los mejores entierros cuyos familiares querían ocultar la desdicha de la familia y hemos honrado a generaciones enteras cuyo difunto no estaba bien

visto por la sociedad, nada que no pudiera hacer una plañidera para dar su santo sacramento en el más allá y por supuesto, en el de más aquí.

La Condesa la escuchó y no le hizo mucha gracia lo que Catalina decía. Dejó el vaso sobre la mesita más cercana.

—Nosotras hemos sobrevivido y sobrevivimos a la desaparición de la única manera que mejor hemos podido hacer —dijo Catalina—, desde el respeto, en resumen, nosotras limpiamos en muerte lo que ellos ensucian en vida —se pausó. Se sentó al lado de la Condesa. Se le acercó—. Pagan por mis lloros cuando en realidad lo que se aprecia es mi presencia —dijo Catalina—. Hacer el trabajo sucio de dar la honradez desde la más máxima discreción, para que las familias queden limpias ante la sociedad, para que ellos se lleven el mérito señora Condesa, unos trabajan y otros se llevan el mérito, esto ha sido así siempre y no lo vamos a cambiar, por eso, permítame decirle, que ya que a nivel público nosotras estamos en la sombra, deje que al menos en nuestra intimidad reconozcamos nuestra labor y la defendamos con el rigor que se merece.

Catalina empezó a recoger los utensilios de bordar.

—Y ahora me va a tener que disculpar pero dado que usted ha requerido mis servicios —se excusó Catalina—, permítame que empiece a tramitar y ultimar los miles quehaceres y preparativos para ese largo viaje, además, pienso que usted agradecerá ese aposento donde recuperará fuerzas aunque más se lo agradecerán sus caballos y demostrar así la gran estima que tiene hacia ellos, por todas las leguas que puedan recorrer a lo largo de su apreciada vida.

Catalina le dio un sobre a la Condesa.

—Los honorarios y el de mis hijas Señora Condesa —alargó Catalina una nota.

La Condesa la abrió y la leyó. Mientras tocaba la campanilla para que Mercedes le trajera el abrigo y el sombrero.

—De acuerdo —aceptó la Condesa—, pero no olvide que quién la contrata soy yo aunque tampoco creo que haga falta que le diga que a mis oídos también han llegado otro tipo de informaciones.

—Y usted tampoco creo que haga falta decirle que no olvide que quién les honrará somos nosotras y que también mis oídos han sido alimentados —dijo Catalina—. Yo me informo también Señora Condesa de todos aquellos que requieren mis servicios. Soy una profesional. La gente sabe que las palabras pueden ser armas dañinas sin tener que dar explicaciones, sólo basta con dejarlas en libertad y su afilada hoja se deslizará como lo hace una serpiente en el desierto.

La señora Condesa se molestó y el aire le hinchó las fosas nasales como si se le hubieran convertido en dos panales llenos de abejas enfurecidas.

—No vulnere mi sensatez Señora de Odena, usted me necesita tanto como yo a usted. Será una relación estrictamente cordial y comercial. Le pagaré un anticipo ahora, parte cuando lleguen y el resto después del entierro. A mi marido le quedan tres amaneceres y dos lunas. Es una de sus últimas voluntades antes de morir. Les espero hasta entonces para tenerlas presentes el día que Dios quiera que le acompañe.

—Hágame un favor, Señora Condesa. No meta a Dios en esto —

señaló Catalina en el aire con el dedo—. Suficiente daño nos han hecho sus discípulos como para que él no tenga más cosas de las que preocuparse y le diré, francamente, que “larga vida a mis enemigos para que puedan ver mis victorias”.

—Detecto que usted no comulga mucho con Dios —respondió la Condesa, suavizando el tono áspero con el que antes se había expresado.

—No se confunda señora Condesa, con Dios quizás pudiera —admitió Catalina—, es la Santa Iglesia la que no quiere comulgar con nosotras, aunque creo —apuntó irónica— que en lugar de ir en contra nuestra podrían recurrir a nuestros servicios, a algunos les vendría muy bien, pero no creo que existan suficientes plañideras en este mundo para poder honrarles.

—Está bien, guarde sus afiladas cuchillas y no les dé más libertad a sus palabras —le advirtió la Condesa—. Les esperamos entonces. Mi hijo ultimará todos los detalles antes de su llegada. Menos mal que lo que se escucharán son sus llantos y su lloro en el funeral y no su viperina lengua. Que sea así es la voluntad de mi marido —le dio un saco con monedas.

—Descuide, Señora Condesa —dijo Catalina—, allí estaremos con nuestros mejores sollozos y es cierto, la voluntad de su marido es bien recibida.

Catalina se guardó el saco aterciopelado de monedas.

Caminaron pero antes de llegar a la puerta se detuvieron.

Mercedes le trajo el abrigo y el sombrero a la Señora Condesa.

—Recuerde sólo una cosa, señora de Odena. Todo esto no lo hago

por mí, sino por mi marido.

—Bien claro me lo deja, Señora de Entenza. Mis hijas y yo sabremos como honrar a su marido y tendremos en cuenta que es la voluntad de él, no la suya.

Catalina le dio el abrigo y el sombrero.

—Solo espero que su discreción sea tan considerada como su franca locuacidad —advirtió la Condesa.

La Condesa se puso su atuendo.

—No lo dude nunca —dijo Catalina—, es tanta como mis honorarios.

Y la Condesa se fue.

Catalina sonrió y le dijo adiós, lenta, muy lenta, con la mano, sonriendo con enorme satisfacción.

6

Blanca estaba en la ventana de la habitación de los espejos. La tarde caía plácida en el exterior, mientras ella sonreía amorosa y jugueteaba.

Había alguien detrás de la reja.

Ella seguía sonriendo y coqueteando.

Entró Mercedes con unos vestidos y los sorprendió.

A la derecha, a un lado, tocando la pared, había un baúl, Mercedes lo abrió e intentó disimular.

—Blanca, esto que haces no está bien —dijo Mercedes, rebuscando —. Cómo se entere nuestra santa madre.

Blanca despidió al joven.

Mercedes y Blanca entablaron confidencias.

—Mercedes, dime que no se va enterar, ¿verdad? —rogó Blanca.

—Me pides tanto hermana —dijo Mercedes—. Sólo Dios sabe que la sangre que corre por mis venas, la misma que la tuya, es la que sella mis labios, pero me pones en un serio compromiso, es nuestra madre y créeme, es mejor que no se entere, mejor que no lo haga.

—¿Qué puede pasar?, dime, ¿qué puede pasar? —dijo desafiante Blanca—. Prométeme que se no se va a enterar, que no se lo vas a decir.

—Créeme hermana, te digo, es mejor que no lo haga —le advirtió Mercedes.

Blanca revoloteó por la habitación. Estaba feliz.

Empezó a jugar con los vestidos.

—Tú siempre has estado a mi lado —recordó Blanca—. La hermana mayor que siendo niñas me prometió su protección para siempre. No me falles hermana. Ahora no puedes fallarme. Solo él es la única luz que alumbra este mundo oscuro y sombrío. Además, ¿qué puede pasar si se entera? ¿Qué ocultas hermana ? ¿Acaso me ocultas algo?

—¿Tanto le amas?

—¿Qué si le amo? —dijo Blanca—. Esto que siento es tan grande que no hay libros que con todas sus palabras puedan explicarlo. Si Dios quiere, espero que te dé algo así, aunque solo sea un día, para que puedas sentir al menos una cuarta parte de lo que mi corazón siente. Si pudieras contemplar la luna como lo hacen mis ojos —En sus pupilas abiertas, como las flores de los cerezos en flor, y redondas, la luz parecía abrillantar el mundo.

Mercedes la miró llorosa con cierto temor a lo que le fuera a decir su hermana.

—Blanca... —susurró.

—Hermana, este amor hace surgir la fuerza del viento capaz de mover montañas —dijo Blanca—, llenar de alegría los rincones que están vacíos por la tristeza, hace desaparecer los lamentos de una vida triste y desolada, aparta la muerte de la vida, da luz a unos ojos cegados por la oscuridad, ojalá pudieras sentir lo mismo que siento yo, que mi corazón siente, late, sonríe, se emociona, sueña, vive. Ojalá lo pudieras sentir.

—¿Lo pudiera sentir? ¿qué ojalá lo pudiera sentir? —dijo Mercedes —. Créeme hermana, sé perfectamente de lo que hablas, o ¿ acaso te crees que eres la única que puede saber lo que es amar ?

—¿ No te entiendo, ? ¿Qué quieres decir? —dijo Blanca—. ¿Por qué te pones así?

—Sé perfectamente de lo que hablas —dijo Mercedes, cerrando el baúl con un golpe seco y sentándose encima—. Hace tiempo, pasadas muchas noches, alguien me hizo ver las lunas como tú ahora las contemplas, movió no montañas, sino cordilleras, llenó de alegría cada poro de mi piel y muchas cosas más hermana que te sorprendería. Pero yo no soy como tú, yo no tengo ese coraje y me alegro por ti, haz aquello que yo no pude hacer.

—Mercedes, nunca me has contado nada —se acercó a su hermana que seguía sentada sobre el baúl de los vestidos.

—Hay tantas cosas que no te he contado —reconoció Mercedes—. Eras demasiado joven para entenderlo. Soy tu hermana mayor, en algunos casos puede ser una ventaja pero en otros... Ojalá la vida me hubiera regalado una hermana mayor para poder apoyarme.

—Pero yo te admiro Mercedes, siempre has sido esa estrella que ha iluminado y guiado mis días con las oscuras noches, con padre, con madre, con toda esta oscuridad que nos envuelve —lloró Blanca.

—Lo sé —asintió—, hasta que vino ese hombre que te ha hecho ver, descubrir y sentir que la vida es algo más que lágrimas, sombras y penurias. Tú corazón late más que nunca, no dejes que se pare, nunca te lo perdonarías.

—Me entiendes tanto y no sabes lo que hubiera dado por ser la hermana mayor que tanto necesitaste —le confió Blanca acariciándole el pelo.

—No te lamentes ahora, para mi es tarde —cambió de parecer—. Aquella fue mi oportunidad, ahora es la tuya, es tu porvenir, tu presente, tu futuro. Ama hermana, ama tanto o más de lo que yo no pude, ama en libertad y no cierres esas puertas que una vez me fueron tapiadas.

—¿Lo harás por mi? —pidió Blanca—. Será nuestro secreto o mejor aún, cuando venga madre se lo vamos a contar —feliz por la tremenda y desafiante idea que se le acababa de ocurrir.

—Siento envidia por ti —reconoció Mercedes—, tu secreto será mi secreto hasta que mis ojos dejen de ver luz y mi corazón dicte cuál será su último respiro. Ama y sé libre. Ama.

Entró Catalina y las sorprendió.

A Catalina no le gustó nada lo que acababa de ver y su rostro reflejaba su enfado.

—¿Ama? —preguntó seria— ¿A quién ha de amar Blanca ?

—A nadie madre —mintió Mercedes—. A nadie —bajando el tono y mirando al suelo.

—Recoged vuestras cosas —ordenó—. Marchamos de viaje.

Blanca la miró algo defraudada. Su silencio parecía esconder el mugido de una ternera enamorada y sus ojos miraban con la angustia del viajero que ha roto, por desgracia, una rueda de su carruaje.

Mercedes asintió con la cabeza gacha, empezó a recoger cosas y simuló estar tan atareada como le era posible, para ignorar así la tensión entre madre y hermana.

—¿Puedo saber a dónde vamos, madre? —preguntó Blanca.

—Algo lejos —divagó Catalina—. La Señora Condesa nos ha

contratado por unos días y quiere que lloremos y gritemos hasta desgarrarnos la garganta. He pensado además, que quizás aquella comarca necesite unas buenas plañideras, se les ve que no están muy acostumbrados. Puede ser una gran oportunidad y créeme, aquí la gente ya empieza a murmurar demasiado.

—Sí, madre —agachó otra vez la cabeza Mercedes, que no se atrevía a mirarla. La había visto así de enfurecida tiempo atrás y era mejor no recordar qué era capaz de hacer.

Blanca miró a Mercedes con reproche y empezó a sentirse inquieta.

—Podemos aprovechar la reputación que nos dará este trabajo con la Condesa y así ganar mucho más dinero que en esta podrida comarca —apuntó Catalina—. Las manos de los discípulos todavía no los han alcanzado lo suficiente, además, está ese nuevo médico, ese estudioso de la nueva medicina, está haciendo estragos en la comarca y en las familias. Cada día salva más vidas. No nos interesa. Nos está quitando el pan. Además, su manos son algo tentativas. Parece ser que le gusta tocar a las personas, y no hablo solo de sus enfermos.

—Madre… —murmuró Blanca.

—Mercedes, te importa dejarnos solas —dijo Catalina—. Ves a recoger lo que nos hace falta y todo lo demás, no quiero que el servicio descubra que tuvimos visita.

—¿El servicio madre? —se extrañó Mercedes.

—Calla, descarada, y vete acostumbrando a ello —vociferó Catalina —. Pronto volveremos a tener.

Mercedes miró a su madre con incertidumbre por lo que le pide pero marcha con la cabeza baja, como era habitual en ella, siempre

que el miedo se apoderaba de su voluntad.

Blanca la miró y le insinuó que no se fuera. En las pupilas lucía el miedo del galgo que espera una lluvia de palos, y que por mucho que agache las orejas la crueldad siempre encuentra motivos para cebarse en los más indefensos.

Mercedes la miró, entristeció el rostro y se marchó. Intuía que esta vez los palos no iban a ser para ella, suplicando el perdón en silencio.

Blanca sintió bajo la piel que su hermana le había decepcionado.

Catalina empezó a meter más ropa en el baúl. Eso era lo de menos.

—Todas sois iguales. La historia se repite —cerró con rabia los puños—. Desafortunadamente tú no eres tu hermana y eso es lo que más temo, por eso esta vez tendrá que ser diferente. Estando lejos, algunas intenciones de ciertos caballeros se mantendrán a una distancia considerada por tu madre.

—No vaya por ese camino madre —rogó Blanca.

—¿Acaso te crees que las lágrimas empañan mis ojos como lluvia en el camino que no les dejan ver los olivos ? —dijo Catalina—. No insultes mi inteligencia niña. No pienso cabalgar con mis enemigos a cuesta.

—Madre —titubeó Blanca, que respiró como el pecho combado de una paloma asustada—. Madre, esta vez no —afirmó contundente y armada de valor.

Catalina dejó de recoger cosas. Se quedó inmóvil pero con la mirada fría.

Las dos se miraron, fijamente, a los ojos.

—¿Qué has dicho?

—Que esta vez no —contestó Blanca.

—Repítelo.

Hubo una tensa pausa.

—Le he dicho que esta vez —respiró hondo Blanca—, no.

—No te atreverás a repetir esas palabras hirientes —avisó Catalina.

—Madre —repitió con más seguridad y contundencia Blanca—, le he dicho y le repito que esta vez no.

—¿Acaso osas perder el respeto a tu madre ? —preguntó Catalina —. ¿Qué quieres decir con que esta vez no?

—Pues que está vez no pienso ir a ningún lado —dijo Blanca—. No pienso ir a llorar a nadie cuando mi alma, mi cuerpo y mi corazón lo que realmente quieren es reír. Estoy cansada de esta vida triste y oscura, estoy cansada de usted madre, de sus órdenes, de su mala vida.

Catalina se sentó. Se llevó las manos a la cabeza y luego al corazón.

—Tremendas puñaladas acabas de clavarme, insensata. Lengua de asesina. Sangre de mi sangre —renegaba Catalina—. ¿Mala vida, dices?

Entró Mercedes preocupada al escuchar cada vez más gritos en el interior de la habitación.

—¿Qué ocurre?

Catalina la miró. Sus pupilas parecían llamas rojas en una hoguera. Después miró una vara apoyada sobre el muro de la ventana.

—Nada que tu madre no pueda resolver —dijo mirando a Mercedes —. Ves a buscar el cuenco de las aguas.

Mercedes la miró extrañada.

—¿El cuenco, madre? —fingió ignorar, aunque sabía bien lo que estaba sucediendo.

—Sí el cuenco, el cuenco. ¿Acaso no lo has entendido?

Blanca empezó a sentirse menos segura y más temerosa.

Mercedes intentó quedarse pero el miedo a desobedecer a su madre le paralizó el pensamiento. Salió llorando. Temía por su hermana.

—¿Osas faltar el respeto a la persona que te dio la vida? —miró Catalina con furia a Blanca.

—De eso se trata precisamente madre —imploró Blanca—, hablas de la mujer que me dio la vida para luego arrebatarla con el estigma de la familia.

—¿Con el estigma de la familia ? —se pausó Catalina, sorprendida —. Habla.

—Madre, estoy cansada de llorar —balbuceó agachando la cabeza Blanca—. Cansada de vivir en tristeza, con tristeza, para la tristeza, agotada de no poder gritar lo que realmente siento.

—¿Y se puede saber que es lo que sientes? —movió tensas las manos Catalina, con las palmas abiertas en el aire—. No puedo creer lo que estoy escuchando.

—Madre, no quiero llorar más, sólo quiero vivir —dijo sollozando Blanca—, vivir llena de alegría, no de tristeza, llorar solamente cuando mi corazón lo sienta, no cuando alguien me obligue a ello.

—Desagradecida, eso es lo que eres —se quejó Catalina—, una desagradecida.

—No madre no soy una desagradecida, sólo soy una joven a la que su corazón late más fuerte que sus palabras —dijo Blanca—. Una rosa que desea salir de este jardín lleno de arbustos secos, encerrada entre hierbajos y regocijados gritos maldicientes.

—¿Una rosa? ¿Un jardín lleno de arbustos y de hierbajos? —enarcó las cejas Catalina—. Pero ¿quién diablos te ha metido esas barbaridades en la cabeza? ¿Tu hermana? O peor aún, ¿no habrá sido ése hombre con el que ronroneas por las noches?

—No sabe de lo que hablo madre —le echó en cara Blanca—. El tiempo que paso aquí me hace marchitar y roba cada segundo de mis ganas de vivir. !soy joven y quiero vivir!

—¿Joven, eres joven? —dijo Catalina—. ¿Y qué hay de mi juventud? No tienes ni idea de lo que he llegado a sufrir para poder llegar hasta aquí.

Blanca empezó a temer a su madre. Catalina se acercó hasta la vara y la cogió.

—¿ Acaso piensas que me gusta idolatrar a esos inútiles que en vida han hecho y deshecho a su antojo, han pisado a todo aquel que se les pusiera delante, robando la infancia a miles de niños, marchitando la sonrisa de sus padres y disfrutando de las virtudes de sus madres y además amansar tal fortuna que ni los hijos de sus hijos de sus hijos podrán gastar en todas su vida? —espetó con furia, reabriendo una herida que había permanecido cerrada durante muchos años.

Blanca escuchaba a su madre temerosa, temblando.

—He visto las manos de los campesinos destrozadas, sus pies desgastados y cubiertos de ampollas ensangrentadas, comidos por chinches y ahogados en su mugre —relató Catalina—, los cuerpos envejecidos por el sol e insultados porque les pagaban con la indiferencia hacia a ellos como personas. Son mirados y tratados peor que el estiércol que recogen del campo que labran, como la mierda que limpian de sus ostentosos caballos y que no tienen más remedio que vender su alma al mismísimo diablo por una onza de pan para llevarse a la boca, la suya, las bocas de su familia, las de sus hijas.

Catalina llevaba la vara en la mano mientras hablaba.

Blanca se dio cuenta.

Catalina siguió avanzando.

—Madre.... —Blanca la miró muy asustada.

Catalina estaba ida y la costra estaba cada vez más abierta y sangrante.

—Y sí, tú les lloras, tú vives de su muerte pero lo único que derramas son lágrimas y no sudor, tú les honras —dijo Catalina—. ¿Acaso crees que son más felices ellos que tú que vives en este jardín lleno de arbustos y de hierbajos ? A ti al menos, y gracias al estigma de la familia, te respetan. Te hablo de respeto hija mía, el mismo, que durante muchos años nos ha acompañado, muchos, pero que tú acabas de perder y eso si que no lo pienso aceptar, aunque seas mi hija, sangre de mi sangre.

—Es inútil hablar con usted madre... —se rindió Blanca.

—Insensata, calla o te haré callar yo —amenazó Catalina—. ¿Es así como me lo pagas? ¿Quién os ha dado una educación? ¿Quién os ha

pagado los mejores colegios? ¿Quién os ha comprado los mejores vestidos? Todo este lujo, todo lo que os rodea, ¿acaso crees que nos ha caído del cielo? Tu padre murió y tuvimos que salir adelante solas. ¡¡¡Vas a llorar en ese entierro como nunca has llorado, y así comprenderás que tus lágrimas son el sudor del trabajo que nos pagan, que gracias a ese dinero podemos vivir sin vender el alma a ningún diablo y ser respetadas, aunque limpiemos la mierda de ellos!!!!!! Y al medicucho ese ya te lo puedes estar quitando de la cabeza. Aquí no entra ningún hombre y menos sin mi consentimiento. Tengo otros planes para ti.

Catalina, cada vez más, se acercó a Blanca.

—Puede usted pegarme hasta que mi piel sude sangre, pero yo no pienso llorar más por obligación —se rebeló Blanca—. Si usted no supo lo que es amar, no es mi problema. Si usted quiso cambiar alegría por tristeza, yo no tuve nada que ver, y piense que yo jamás le he perdido el respeto madre, yo sólo quiero decirle que lo que quiero es vivir y dejar de llorar. ¿Tan difícil de entender es, madre ?

—No será ni por encima de mi cadáver —se irguió firme Catalina.

Blanca empezó a llorar.

—Mire madre, son por usted madre —sollozaba Blanca—. Son para usted. ¿Qué le parece que le llore ahora?

—Descarada. Guarda esas lágrimas que bien pagadas las tenemos —se quejó Catalina.

La furia se desató entre ambas.

Blanca pasó del llanto a la risa de una forma cada vez más descarada.

A Catalina le desagradó mucho su actitud.

Blanca comprendió que a su madre le molestaban las risas y empezó a reír aún con más descaro.

—¿Te estás burlando de tu madre? ¿Osas reírte de mí? Si tu padre levantara la cabeza. ¿Qué he hecho para que me pierdas el respeto ? ¿Qué te ha dado ese medicucho?

—Deje a padre en paz, no le meta en esto —pidió Blanca—, estoy segura que no permitiría muchas cosas que ocurren en esta casa.

Catalina enloqueció al máximo.

Blanca cada vez reía más.

—¿Quieres hacer el favor de dejar de reír de esa manera? —se quejó Catalina.

Blanca reía cada vez más y de forma más alocada.

Se arañó, se tiró de los pelos, pasó de la cordura a la locura.

Se desgarró el vestido.

—Mire madre, no lloro, sino río, río por la vida, río por todo este tiempo de lágrimas —enumeró Blanca—, de sollozos, de oscuridad, río por la vida madre, río por el amor, río por la libertad, río porque mi corazón me lo pide, río, río, río...

Empezó a perder el norte.

—Calla desgraciada, calla, no sigas, no sigas —se llevó Catalina las manos a la cabeza—, deja de reír condenada y desagradecida, será mejor que calles.

Blanca rió, alocadamente.

—No sabe lo feliz que me hace reír madre...

Catalina sujetó con fuerza la vara de avellano.

Blanca se reía, danzaba, caía al suelo y empezaba a reír más y más alto.

Catalina se acercó a ella. Estaba ida. Empezó a pegar a Blanca.

—Madre, ¿qué hace? ¡No! —gritó Blanca, desesperada—. Está loca, madre, no. ¡Madre! ¡Madre!

Le asestó varios golpes con la vara.

Blanca dejó de gritar.

Catalina se detuvo después de varios golpes. Enloquecida, se golpeaba el pecho, con la mano izquierda y el puño cerrado todavía por la rabia. De la otra mano dejó caer el instrumento con el que había golpeado a su hija.

La vara cayó al suelo manchada de sangre.

Entró Mercedes. Tiró el cuenco que llevaba en las manos.

Todo sucedió muy deprisa.

—¡Qué ha hecho, qué ha hecho !!!!! —gritó Mercedes a Catalina.

Catalina se miró las manos. Estaban ensangrentadas.

Empezó a reaccionar ante lo que había hecho.

Se tocó la cara, quería quitarse la sangre y rozaba insistente sus manos en el vestido, como si así pudiera limpiar la pena que la estaba consumiendo.

Mercedes cogió a su hermana en brazos. Blanca parecía haber sido absorbida por toda la oscuridad del mundo, como si se hubiera quedado detenida en el tiempo, al margen de los días y las noches, y de cualquier espacio donde no hubiera sufrimiento.

Mercedes dejó escapar un grito desgarrador:

—¡Nooooo!

Fue un sonido hiriente como el golpe seco de un cuchillo. Como el rápido chasquido del látigo que te azota la espalda.

Catalina estaba de pie. Miró a Mercedes y ella le devolvió la mirada.

Pasaron unos segundos. Catalina se arregló el pelo. Se arregló el vestido.

Cogió de nuevo la vara.

Volvió otra vez a mirar a Mercedes que lloraba desolada.

—He hecho lo que tenía que hacer —se recompuso Catalina, con un tono cercano al propio de quienes lanzan espumarajos rabiosos por la boca—. En esta casa nadie me desobedece y mucho menos se me pierde el respeto.

Mercedes seguía lamentándose. Lentas lágrimas le rodaban por las mejillas.

—Vístete, tenemos que marcharnos —apremió Catalina, secándose el sudor de la frente— y hazme el favor, deja de llorar, deja de llorar ahora mismo, guarda esos sollozos que bien pagados los tenemos.

Mercedes la miró desolada. Seguía abrazada a su hermana, con los ojos llorosos. Mojaba con sus lágrimas las manos de su hermana que, de haber podido, con desesperación, se habría arrojado sobre las mantas del lecho y se habría cubierto el rostro con las manos. Sin embargo, el cuerpo no le respondía. Era inútil. Era como querer extraer una gota de una jarra vacía.

—Blanca, no —dijo Mercedes, tratando de dominar el miedo—, porqué....porqué....

—Deja a tu hermana ahora mismo —ordenó Catalina, que empezó a guardar la ropa en el baúl—. Tenemos que marchar y guarda esos lloros, insensata, no vaya a ser que mañana tengas que llorar el doble y recuerda que las lágrimas que son pagadas, limpian el alma sucia de quién se las atribuye.

La Condesa estaba revisando pergaminos. Santa Florentina era la patrona de Prades, y se celebraba una fiesta en su honor casi a finales de Octubre.

Salió del aposento del piso superior, bajó las escaleras y entró al salón principal del castillo. Los ricos ropajes habían vuelto al armario, y la Condesa volvía a dar órdenes a la servidumbre.

Entró su hijo, un joven apuesto.

—Todo bien, madre —comunicó Diego de Entenza—. Desde su regreso de este viaje la noto algo diferente y preocupada. Más bien, pensativa.

La Condesa lo miró. No parecía estar de muy buen humor.

—Es para estarlo, hijo mío —dijo—. Esa mujer no me gusta nada y todavía no logro entender porqué tu padre quiere contratar sus servicios. Y luego sus hijas, arpías, menudas arpías.

—Madre. No se preocupe —dijo Diego—. Padre seguro que lo que quiere es antes de su marcha es dejarnos lo mejor posible. Estoy seguro de que no hay nada oculto en esa decisión y por sus hijas no se preocupe, ¿o acaso piensa que me puedo enamorar de alguna de ellas ? Madre, mire que para encontrar una mujer como vos me está costando encontrarla más que una aguja en un pajar. Usted no está acostumbrada a tratar con ese tipo de linaje, usted come con cubiertos de plata y no de madera. No se preocupe por nada, padre sabrá lo que hace.

—Me temo que no creo que sepa muy bien lo que hace en las

condiciones que está. Ha llamado a Don Severiano Campoamor —dijo la Condesa.

—¿Al notario? —preguntó Diego—. Pero yo creía que estaba todo arreglado con el tema de la herencia madre.

—Tengo que averiguar qué trama tu padre y porqué ha querido que venga precisamente esa mujer. Créeme, hijo, conozco a tu padre y aunque esté en las últimas, no hace nada porque sí. Además, ha querido que fuera yo misma a contratar sus servicios. Y como he sido tratada. Algo sucede y pienso averiguarlo aunque tengamos que compartir funeral. Una mujer hijo mío, tiene un sexto sentido para estas cosas y créeme, hace tiempo que sospecho algo.

—Madre, no diga semejantes burradas, que mire que ya tenemos campesinos para esas cosas —dijo Diego—. Por cierto, ¿cuándo tendremos la gentil y ansiada visita de vuestras tan apreciadas invitadas?

—Menos bromas y me estimaría hijo mío, que no abuses de la confianza porque seas sangre de mi sangre —advirtió la Condesa—. Yo tengo mejor gusto a la hora de invitar y seleccionar mis compañías.

—Madre, no es para tanto —quitó hierro Diego.

—Tengo un mal augurio con esa mujer y sus dos hijas y presiento que algo malo nos traen a esta casa —aventuró la Condesa—. Algo malo nos espera con ellas.

***

A Blanca los cabellos negros le caían en sencillos mechones sobre la frente. Abstraída, con las manos entrelazadas, con ojos tímidos y pensativa contemplaba el paisaje que desfilaba veloz camino de Prades. Se sacó un puñado de avellanas del bolsillo, suave y discreta, se las puso entre los dientes y las cascó, sin poder contener las lágrimas al pensar en lo que le había sucedido.

Catalina y sus hijas se cruzaron con mulas, carros y diligencias de mercancías y ascendieron hasta Prades.

Catalina pensaba que en Prades sólo había patatas, castañas y miel, pero al llegar hasta la arenisca roja del Castillo, y gozar la vista de las magníficas montañas, sintió que era un lugar especial.

Habían paseado por detrás de la iglesia de Santa María, y se habían detenido, junto a una de las puertas laterales, a contemplar la cruz de piedra, o crucero de Sant Roc, como les explicaron al preguntar.

Catalina lo miró, bajo el arco ojival, pétreo, enorme, que reforzaba uno de los muros de la iglesia y pensó que los designios del Señor era inescrutables.

El portal de acceso a la villa de Prades lo revestían amplios doveles y lo coronaba un matacán. Junto al castillo se encontraba la capilla de Sant Miquel. Lo cierto era que el castillo aún no se había recuperado del todo de los daños del asalto, de las tropas del Gobernador de Tarragona, pero al menos no había sido destruido como el de Ciurana, y todo porque en la guerra de los Segadors habían apoyado a las tropas francotalanas.

Se hicieron anunciar.

Entró el servicio a comunicar su llegada.

—Señora Condesa —anunció la criada—. La Señora Catalina Montesinos y sus dos hijas acaban de llegar.

—Hablando del rey de Roma… —murmuró la Condesa.

—Madre, recuerde que son las invitadas de santo padre —le recordó Diego, susurrándole al oído.

—Por ese motivo, hijo mío, por ese motivo…

La condesa salió.

Diego se quedó solo en el salón. Se sirvió una copa de licor. Cogió la copa y metió dentro la nariz, oliendo despacio. Luego la levantó hasta sus ojos y apreció la luz que resbalaba por el líquido, y giraba tras el cristal. Se mojó un poquito los labios. Sorbió, paladeó y dio párvulos tragos como un niño chapoteando en un charco.

Entró Mercedes por equivocación y observó como Diego disfrutaba el licor. Se dio cuenta de que le quedaba muy poco.

Sintió un flechazo por él.

Bebía pacharán, un licor fabricado con bayas de endrino o arañones, que tenía un color rosado intenso, brillaba, con un sabor afrutado y regusto a anís.

—Disculpe señor —interrumpió Mercedes—, estoy buscando a la señora de la casa, la Condesa de Entenza o el ala de invitados.

—¿Quién la busca?

—Mercedes de Odena y Montesinos —respondió.

—¡Ah! —sonrió—. Usted es una de las invitadas de mi madre. Encantado de conocerla. Soy Diego de Entenza, hijo del Conde de Prades y de Teresa de Adiego.

—¿Su madre es la Señora Condesa entonces? —preguntó Mercedes.

—Hasta que no se demuestre lo contrario, sí —bromeó Diego, que tomó con devoción la mano de Mercedes, se la llevó a los labios y la besó—. No tiene usted mucha estampa de llorar, además de que la encuentro bastante jovial para hacer eso que hacen ustedes.

—No, la llorona es mi madre, quiero decir... —empezó a decir Mercedes.

—No se preocupe —la tranquilizó Diego—. ¿Le sirvo una copa? Descuide, su santa madre no se va a enterar.

Diego le sirvió una copa de pacharán.

Mercedes se quedó petrificada. Sin habla. Hacía tiempo que no despertaban en ella aquellos cálidos sentimientos dormidos.

—Vaya, se ha acabado —se encogió de hombros Diego, sin poder llenarse su propia copa—. No se me marche. Voy a buscar otra botella. Nada mejor que tener cosecha propia.

Diego se fue.

Mercedes se quedó, embobada, mirándolo irse. Cuando salió se bebió de golpe el licor. Se lo bebió de un trago, como el hachazo de un leñador experto, o el implacable rayo sobre un árbol, sin comprender que es bebida de muy mala resaca.

Se fue corriendo.

Entró Diego.

—Dicen que nuestro licor es el mejor de la comarca, aunque hay que tener cuidado pues como te descuides te hierve la garganta si lo haces de un solo trago como si una bola de fuego se tratase, hay que ser muy hombre... —se quedó quieto al comprobar que Mercedes no

estaba pero que se había bebido el vaso entero de golpe al verlo entonces ya vacío.

Entró la Condesa

—Semejante situación a mis años —se quejó la Condesa—. ¿Diego? Hijo mío, parece que hayas visto a un fantasma...

—La mujer de fuego, madre.

—¿Se puede saber qué sarta de sandeces dices? —frunció el entrecejo la Condesa.

—Nada, madre, cosas mías...

—Ya las tenemos aquí —suspiró la Condesa—. Ahora solo toca esperar cuanto tiempo se quedarán. Bien sabes lo que puedo llegar a querer a tu padre, pero ...

—Madre —dijo Diego—, no desee la pronta muerte a padre sólo porque no le gustan esas mujeres.

—No es eso, hijo mío —la Condesa seguía empecinada, por su intuición, en esperar que algo malo sucediese.

—Además, creo que acabo de conocer a una de sus hijas —dijo Diego—, no sé si la mayor o la pequeña, y me ha parecido una joven encantadora y eso sí, con un hígado de hierro. Si no recuerdo mal, creo que me ha dicho que se llama Mercedes, Mercedes de Odena y Montesinos.

—¿Mercedes ? —preguntó la Condesa—. Es la hija mayor. Se ha despistado al girar por el camino del jardín para ir al ala de invitados. La pequeña no venía en muy buenas condiciones. La hemos tenido que meter en la cama inmediatamente. Dijo que le había picado una oruga de unos pinos mientras descansaban. Le ha dejado la cara del color de

una ciruela. Si la hubieras visto.

—Si quiere puedo llamar a mi amigo Sebastián, es el mejor médico en unas cuantas comarcas, aunque creo que ahora está algo lejos de aquí. A dos jornadas a caballo.

—No te preocupes tanto —dijo la Condesa—. Dicen que la cuidarán entre la madre y la hermana y en nada le bajará la hinchazón. En dos lunas estará lista para hacer a lo que ha venido hacer.

—Está bien, como guste mi santa madre —aceptó Diego—. Voy a subir a ver a padre. Con esto de su viaje, he estado algo ocupado y ya sabe que siempre quiere estar informado, en todo momento, de lo que sucede con los campesinos que labran sus tierras. Todavía no entiendo porqué Santo padre necesita plañideras que le honren.

—Yo tampoco.

Diego se fue.

La condesa se fue.

No se movía ni el polvo del pavimento.

La Condesa estaba abriendo la correspondencia en el salón principal del castillo.

Entró Catalina. Los ojos se le fueron al escudo de Prades, que era un blasón cuartelado con un primero y cuarto de oro, con cuatro palos de gules, y un segundo y tercero de azur, sembrado de flores de lis de oro, con un lambel de tres colgantes de gules en jefe.

La viveza de los rojos, amarillos y azules, de las franjas y las flores de lis, y de los cortes, como si de un pastel en cuatro trozos se tratase, llamó la atención de Catalina.

—¿Todo está de su agrado? —preguntó la Condesa, aunque le interesaba bien poco la respuesta.

—Mejor imposible.

—¿Qué tal han dormido ? No quisieron cenar.

—Para el cansancio el mejor alimento es el descanso y no hay mejor guiso que una buena cama —se excusó Catalina—. En nombre mío y de mis hijas, agradezco la hospitalidad de los Condes.

—Mejor se lo agradece al señor Conde —dijo la Condesa, dando alas a sus pensamientos más sombríos desde la llegada de éstas.

—Por supuesto, a la mínima ocasión que tenga —dijo Catalina—. He de decirle, con franqueza, que es la primera vez que puedo dárselas al difunto en persona, sin que esté dentro del ataúd. Aunque, sobre todo, les daremos las gracias, más aún, cuando recibamos por completo nuestros honorarios, una vez finalicemos nuestro trabajo. Lo que no he entendido, y permítame que siga con este aire de franqueza,

es porque han requerido nuestros servicios cuando aún el Conde cuenta lunas y soles. Podrían haberlo hecho una vez fallecido. Espero que nuestra estancia no sea una molestia.

—Esperaba que usted me resolviera esa misma duda. Además, le vuelvo a repetir, ha sido mi marido quién ha deseado que así sea —dijo la Condesa—. Espera verla. Pero le advierto que su estado de salud es muy delicado, así que Señora de Odena guardemos nuestras diferencias, como lobas en sus guaridas, y mantengamos este trato cortés y educado.

—Como guste la Señora Condesa. En cuanto se recupere visitaré al señor Conde para agradecer la contratación de mis servicios. ¿Piensa usted, Señora Condesa, que podrá atenderme antes de su funeral?

—Cuanto antes acabemos esta pantomima mejor —dijo la Condesa con voz agria—. En cuanto el médico nos diga si puede recibir visitas, se lo hago saber. Parece que se está recuperando de su última recaída, aunque ya lo suelen decir, los enfermos mejoran y pocos días después nos dejan. Ya le avisaré. Mientras tanto, disfrute de nuestra hospitalidad, nuestra casa y visite la comarca, si se le antoja.

Catalina y la Condesa se fueron. El aire que dejaban tras de sí era tan denso que hasta se habría podido cortar con un cuchillo de madera.

9

Unos jornadas después la Condesa estaba escribiendo unas cartas.

Entró Catalina.

—¿Me ha llamado, señora Condesa?

—Sí. Quería hablar con usted. Se murmura en la villa que está usted buscando casa donde instalarse. ¿Acaso no es de su agrado la hospitalidad nuestra?

—Para nada, Señora Condesa. Al contrario —se ofendió Catalina—. Vine para quedarme un par de jornadas y considero que después de todo este tiempo, no debemos abusar de la misma. No estaría mal que mis hijas y yo tuviéramos un lugar donde poder esperar. Al fin y al cabo este es su hogar, vuestro hogar, no el nuestro. Y parece ser que Dios no quiere la compañía del señor Conde por el momento. Bastante han hecho ustedes por nosotras.

—¿Está segura que ese es su único y estricto motivo? —frunció el ceño la Condesa.

—Por supuesto Señora Condesa —volvió a ofenderse Catalina—, ¿acaso piensa que puedo tener la intención de instalarme, definitivamente, en la comarca? Por favor, señora Condesa, aunque no le discuto que me agrada tal encantadora idea, quizás lo piense. No está nada mal este lugar para sembrar un futuro, el mío y el de mis hijas, por supuesto. La tierra no es de nadie, Dios la puso al servicio del hombre, es éste el que se empeña en que sea suya, Señora Condesa, los hombres deberían de ser libres para vivir y no permitir que la Iglesia, el poder o el dinero estén por encima de las libertades

del hombre. Dios tiene la batalla perdida, aunque no la guerra. Todos somos soldados en esta batalla de la vida, la única diferencia es que cada uno luchamos en el lado que ella misma nos ha elegido, señora Condesa.

—Está bien —aceptó a regañadientes la Condesa, aunque destilaba un cierto halo de satisfacción—. Considero que será lo mejor.

—En cuanto visite al Conde, mis hijas y yo, haremos el equipaje —avisó Catalina—, y mientras el señor Conde espera la llamada de Dios, nosotras atenderemos a sus otras llamadas.

—Aproveche hasta que mi marido deje de respirar —advirtió la Condesa—. Por el momento, sólo gana una batalla. Una batalla. Recuérdelo, Catalina. Tómelo como una advertencia.

—Con más ayuda de Dios y menos de la del hombre, que hasta el momento es lo que parece, el destino nunca se conoce, señora Condesa. Gracias por su advertencia —sonríe Catalina—. Dicen que uno se labra el destino, pero a veces está escrito y nada podemos hacer ante eso. Su marido me espera, no quiero demorar más nuestros asuntos. Bien entrada empieza a estar la noche.

Catalina se fue.

La Condesa se quedó pensativa, como si el espacio no fuera ni demasiado amplio ni demasiado estrecho para albergar todos los pensamientos que le fluían detrás de la mirada.

A media luz aparecía el mundo. El ambiente olía a perfume de rosas, de gardenias, de lavanda. Olía a jardín lleno de flores y plantas.

Blanca, sentada, miraba al cielo.

Llegó Mercedes.

—Blanca, hermana, no deberías salir —dijo Mercedes—. Madre no te va a permitir que salgas de la habitación.

—Que me importa lo que esa bruja pueda hacerme —dijo Blanca.

—Hermana... —dijo Mercedes.

—No entiendo como te atreves ni a dirigirme la palabra después de lo que ha pasado —dijo Blanca—. Eres peor que ella.

—¿Qué querías que hiciera? —dijo Mercedes—. ¿Acaso querías que nos matara a las dos? Hermana, ya os dije que yo no soy como vos, que soy débil como el cristal, como la tierra que no es labrada, que se deja sin agua y se derrite al sol pero que pretende mantener una cosecha.

—Cobarde, eres una cobarde —dijo Blanca—, ¿qué corazón podría enamorarse y cabalgar libremente en ti si cual dominada te tiene esa víbora de madre...?

—Quizás te equivoques esta vez hermana... —dijo Mercedes, medio cantarina.

—Si por tus venas corre la misma sangre que padre —dijo Blanca —, que nunca tuvo lo que tuvo que tener un hombre para enfrentarse a semejante monstruo...

—Quizás os equivoquéis hermana...

Mercedes empezó a bailar por el jardín, como lo haría una mujer nueva y enamorada.

Revoloteaba.

Repartía flores. Deshojaba margaritas.

Parecía escuchar arpas y órganos con tonadas dulces, barrocas y festivas.

Mercedes sonreía. No dejaba de sonreír. Era otra.

—Ais —suspiró—, ¡me quiere!

Blanca la contempló.

—Mercedes, ¿te pasa algo? ¿No me digas que estás enamorada?

—Solo la luna sabe y es testigo de quién habla mi corazón..... —dijo Mercedes— voy a buscar una manta y unas tijeras para hacer ramos de flores. Mientras contemplaremos las dos esta inmensa y espléndida noche hermana.

—¿Y madre, Mercedes? —dijo extrañada Blanca al ver la actitud tan diferente de su hermana.

—Será nuestro secreto —dijo Mercedes, poniéndose el índice en los labios encendidos de pasión—, además, está hablando con el señor Conde lo que nos dará algo de tiempo.

Mercedes se fue.

—Estás loca hermana —dijo Blanca—, pero ¡ te quiero !

Apareció Diego que la vio sin que ella le viese.

Blanca empezó a tatarear una canción.

Diego la observó inmóvil. Se había quedado prendado de la belleza

de Blanca.

—Ni mil cielos azules con sus lunas más las fieles estrellas podrían superar la belleza que mis ojos contemplan en estos momentos —dijo, galante, Diego.

Blanca le giró la cara.

—¿Tan feo me veis que hasta giráis la cara para no verme ? —murmuró Diego.

Blanca continuó sin girarse.

—Decidme, ¿quién sois vos? —rogó Diego.

Se acercó a Blanca.

—Blanca , hija de Francisco de Odena y Catalina Montesinos.

—No temáis —dijo Diego—. Se de vuestra desafortunada suerte.

Blanca se extrañó.

—¿Lo sabéis?

—Sí, maldita sea la oruga que ha dañado a tanta belleza —dijo Diego—. Si por mi fuese, exterminaría a esas criaturas que no sé porqué Dios las mantiene en esta tierra. Me presentaré. Me llamo Diego de Entenza, hijo del Conde de Prades.

—¿Está comparando a una Oruga con mi madre? —dijo Blanca—. Yo más bien la compararía con una hiena pero si usted gusta, la oruga también me produce cierto asco.

—¿Su madre? —dijo Diego—. Ah, sí, conozco a su madre. No me dirá que después de lo que le ha sucedido, con el ataque de una hiena, usted no hubiera logrado sobrevivir, pero el de una oruga asquerosa y repugnante, es diferente. La deja viva.

—No entiendo nada —dijo Blanca—. Debo irme, además, mejor

que no se meta en esto, señor de Entenza.

—Llámeme mejor Diego. Me estimaría que mejor me llamara Diego y el que no entiende nada soy yo. ¿En qué no debería meterme? Matar a una oruga no es nada malo, a no ser que usted tenga cierta sensibilidad contra esas malignas criaturas.

—Ah, habla de la oruga cuando se trata de... —dijo Blanca.

—Sí la oruga —dijo Diego—, ¿cómo quiere usted que me refiera a ella? No tiene otro nombre. Además, su picada le ha dejado unas grandes secuelas.

—Bueno, viéndolo así, yo la he llamado hasta bruja —dijo Blanca, apresurada—. En fin, debo irme, no vaya a ser que venga la "oruga" y me pique de nuevo Sr. Conde, digo Diego.

—Digo Diego, jajjajaja —rió—, además de hermosa es usted muy graciosa —rió aún más al ver la rima—. Jamás me había pasado, digo Diego....jajajajajaja

—Me alegro que usted sonría pero será mejor que marche —dijo Blanca, que se fue.

—Hasta pronto, bella mujer.

En ese mismo instante entró Mercedes con unas mantas y las tijeras de podar.

—Buenas noches señor de Entenza —dijo Mercedes.

Diego empezó a mirarla y sobre todo le miró la garganta.

—¿Deduzco que está buscando usted algo? —preguntó Mercedes.

—¿Puede usted hablar después de lo del otro día? —dijo Diego—. Semejante hazaña. Quiero decir que ninguna mujer ha podido superar lo que usted logró el otro día en un sorbo. No tengo palabras que

describan lo que sentí en aquel momento. Y de golpe, sin mediar palabras.

—Por favor, señor de Entenza —dijo Mercedes—, no siga usted por donde va, no vaya a ser que…

—Descuide —dijo Diego—. Si usted me lo permite, mis hombres serán los primeros en saber la noticia, más teniendo en cuenta que mi madre no quiere oponerse al respecto. Hasta ahora nadie había logrado aguantar tanto de un tirón, y eso que dicen que hay que bebérselo sorbito a sorbito.

Mercedes sonrió y salió corriendo con las tijeras.

—Yo no sé que tienen estas mujeres que todas salen corriendo —sonrió Diego.

Mercedes se fue dándole las mantas a Diego.

Diego se quedó solo sujetándolas con los brazos, sin entender nada de lo que estaba sucediendo.

—Mujeres —murmuró, mientras se encogía de hombros—. ¿Y ahora qué hago yo con esto?

11

La Condesa estaba en el salón.

Revisaba unos pergaminos del Conde. No estaba muy contenta por la conversación que había tenido con Catalina.

Entró Justiana, la hija del Marqués. Era una chica joven, poco agraciada tanto física como intelectualmente.

Justiana de Moncada era hija del sexto Marqués de Aitona, que era también conde de Ossona, de Marmilla, en Sicilia, de Medellín, de Alcoutín, duque de Camiña, y marqués de la Puebla de Catro y de Villarreal.

Justiana no sabría decir porqué sus padres Guillen Ramón y Ana de Benavides estaban residiendo aquella temporada en Prades, pero, con franqueza, al poco de oírla hablar se comprendía que con sus luces poca cosa se podía iluminar, quizá ni siquiera el cajoncito más pequeño de una cómoda, y eso estirando mucho, pero que mucho la buena fe de los ojos y los oídos que la sufrieran.

—Oh, Justiana, pase, pase hija —dijo la Condesa—. La encuentro muy mejorada, hija mía… —mintió, porque no era de una belleza exultante.

—Señora Condesa. Siento venir sin avisar con *anticipación* —dijo Justiana, que había querido decir "sin avisar con antelación"—. Mis padres los Marqueses están pensando en dar una fiesta de bienvenida a sus invitadas y me han encargado, personalmente, que traiga vuestras invitaciones, para usted y su hijo, entendemos que en las condiciones en que se encuentra el Conde, consideramos y

entendemos, que no sería muy apropiado celebrar dicho evento en su castillo.

—Compruebo así que ustedes ya han conocido a mis invitadas —dijo la Condesa.

—Pues, sí, Señora Condesa —dijo Justiana sonreía y la miraba con sus pequeños y bizcos ojos azules, ensombrecidos por las rubias pestañas—. Ha sido mi padre el Marqués, el que ha tenido algunas conversaciones. No dirá usted Señora Condesa, que la Señora Catalina Montesinos no es una mujer interesante, algo extraña sí, pero interesante.

—Y con un sentido del humor muy peculiar y una ambición desbordante —dijo la Condesa—. Su señora madre ¿qué piensa?

—Eh, ¿qué piensa de qué?

—Pues ¿qué va a pensar de qué? De nuestra invitada la Señora Catalina Montesinos —dijo la Condesa.

—Ah, ¿qué piensa? —dijo Justiana, pensativa—. Mejor será decir qué dijo, ¿no cree? Porque yo no puedo saber qué piensa pero sí sé que dijo, entre otras cosas porque si lo dijo, yo la pude escuchar, ¿no? Ahora, dígame usted ¿cómo puedo saber lo que piensa si no la puedo escuchar? —se estaba liando ella misma.

La Condesa se sorprendió. No era ya la absurda forma de hablar que tenía la joven, sino el tono con el que deshilachaba las frases y las caras que ponía, todo ello, en suma, alborotaba su parecer, y enarcaba las cejas y abría los ojos como si el sol se contrajera y extendiese en un círculo enorme.

—No sé —dijo Justiana—. ¿Qué es una mujer encantadora y

educada? Lo que no le hace mucha gracia es a lo que se dedica.

—Es cierto —dijo la Condesa—. No estamos acostumbrados en la comarca a mujeres así.

—¿Acostumbrados a qué?

—A lo que se dedican la Señora De Odena y sus hijas —dijo la Condesa.

—¿No estará diciendo usted que se dedican a ser mujeres alegres y licenciosas, señora Condesa? —dijo Justiana.

—Para nada —esquivó la Condesa—, ¿de dónde saca semejante conclusión? Yo no he dicho en ningún momento que se dediquen a ser mujeres liberales y alegres. Sé, perfectamente, a que se dedican. Y además, no las hubiera metido en mi casa si. Ya sabe. Son lloronas.

—¿Lloronas? Pues no la hemos visto llorar —dijo Justiana, rascándose la barbilla—. Es más, en todas las ocasiones que ha venido a casa, siempre la hemos visto alegre y bromeando.

—Eso es cierto, tiene un sentido del humor muy peculiar —aceptó la Condesa—. Pero sí. Lloran, Justiana. Sí, lloran. Son lloronas. ¿Acaso no os han dicho a qué se dedican?

—Poca cosa. Hablan de que van a los entierros y que con su presencia dan buena reputación al difunto y a la familia.

—Exactamente. Eso es lo que hacen Justiana —la Condesa poco a poco iba perdiendo los nervios—, ¿qué se suele hacer en un entierro?

—Señora Condesa, ¿no me diga que no sabe qué se hace en un entierro? —dijo Justiana—. No me puedo creer que no sepa que se hace en un entierro, pues ¿qué se va a hacer? Enterrar al muerto, señora Condesa. Enterrar al muerto.

—Justiana, no me refiero a qué se hace en un entierro, exactamente —dijo la Condesa ya casi perdiendo los nervios—, sino ¿a qué hacen la Señora Catalina y sus hijas en un entierro?

—¿Y qué hacen ellas en un entierro? —preguntó Justiana—. No me diga que se les ha muerto alguien. Entonces, si se les ha muerto alguien, no estarán para fiestas, y si no están para fiestas, ¿Qué hacemos entonces con la fiesta que quieren organizar mis padres?

—No, Justiana, ¡No, no y no! —se cuadró sin nervios y directa la Condesa, mientras para sí misma pensó:

—Me gustaría saber qué habrá hecho el Marqués para que le salga una hija así, con lo inteligente que llega a ser. Sale a su madre, seguro que sale a su madre. Dichosa naturaleza.

La Condesa intentó tranquilizase.

—Está bien Justiana —dijo la Condesa, ya más calmada—. Se lo explicaré en otro momento con algo más de tiempo. Es algo complicado de explicar y quizás de entender. A nuestras invitadas su profesión les honra, tanto a ellas y a las familias que las contratan. Está bien. Aceptamos vuestra gentil invitación. Decidle a vuestro padre y madre que su excelente gesto, al organizar una fiesta para dar la bienvenida a nuestras invitadas, es bien recibido e intentaremos asistir. Nos congratula saber que entienden que nuestras circunstancias son un poco complicadas. Es un gesto que les honra. Muchísimas gracias por la ayuda, en nombre de mi marido, mi hijo y el mío propio.

—De acuerdo, señora Condesa —dijo Justiana—. Se lo haré saber a mi padre. Recuerdos a su hijo. Hace jornadas que no lo veo y créame,

me gustaría mucho que asistiera a la fiesta. ¿Le dará saludos míos? Y de mis padres por supuesto.

—Sin lugar a dudas, de su parte y de la de sus padres —dijo la Condesa.

Justiana se fue.

Entró Diego que se iba a tomar un pacharán. Se había manchado la casaca.

Se puso a bailar con la Condesa. Diego parecía flotar en una nube de placer.

—Diego, creo que deberías de dejar de beber tanto licor.

Diego no paraba de bailar y sonreír.

—Sí madre, tremenda borrachera tengo... —murmuró con la lengua acartonada Diego.

—Diego, hijo, por el amor de Dios —alzó el tono la Condesa—. Tendré que hablar con tu padre para que contrate a otro para tomar esas catas de licores que están sin elaborar.

Diego abrazó a su madre.

—Madre, ni los mejores años de cosecha lograrían hacer tanto licor que fuese comparable a la clase de borrachera que siento —hipó—, aunque eso de lo de las catas de pacharán, creo que ya he encontrado a la persona indicada, si a usted no le parece mal.

—Sí, a ver decidme —pidió la Condesa—, porque el último os duró bien poco.

—Hay una mujer que creo que vale más que cientos de hombres juntos —dijo—, pero eso es lo de menos, ahora mismo mis asuntos son otros.

Diego se sentó.

Casi al instante, se levantó.

—Madre, ¿usted se ha enamorado alguna vez? —preguntó—. Quiero decir, ¿que cómo se enamoró de padre? ¿Qué sintió la primera vez que lo vio?

—Detecto que en lugar de ir a cazar esta vez te han cazado —le guiñó el ojo la Condesa—. ¿Quién es la afortunada que me dará esos ansiados nietos y que conservará el legado de los De Entenza? ¿La conozco?.

—Por supuesto madre —dijo Diego—. Es como de la familia. Ahora mismo la acabo de ver.

—Diego, hijo mío, no me estarás diciendo que te has enamorado de la hija de … —se detuvo la Condesa, pensando que se refería a Justiana—. No es que sea de mi gusto, pero bueno, con unos pequeños detalles y unos grandes cambios. Rica al menos es.

—Bueno, rica, rica, rica, no sé si es, exactamente. Pero su belleza si que es de un valor incalculable, madre, e inteligente, madre, además de elocuente —dijo Diego, refiriéndose a Blanca.

—Bueno, bella, bella, lo que se dice bella, hijo mío, rica, lo es, ya te digo yo que es de buena familia, su madre no es que sea plato de buen gusto, pero su dote es grande. En cuanto a lo de inteligente, hijo mío, si para ti inteligencia es sinónimo de elocuencia…tu madre no te va discutir —dijo la Condesa—. Aunque discrepo contigo, hijo mío, porque inteligencia, lo que es ser inteligente…

—Le sobra madre —dijo Diego—. Se lo digo yo, que para estas cosas tengo un sexto sentido. Una intuición de hombre.

—Hijo mío. Que yo he hablado con ella y lo que se dice, entendimiento, inteligencia, vamos —dijo la Condesa—, que le he tenido que explicar como es el abecedario.

—Madre, ¿no estará usted celosilla?

—¿Celosa? ¿Yo?

—El amor, madre. El amor no se busca, el amor nos encuentra. Es bella, inteligente, simpática, buena conversadora y joven. Lo tiene todo, madre. Todo.

—En fin —dijo la Condesa, sin dar crédito—, si ya suelen decir que el amor es así, además lo importante es que sea de buena casa y una excelente esposa y mejor madre, aunque esa niña no sé si está para cuidar a nadie. También es cierto, la conocemos poco y por tener un par de conversaciones no vamos a mal juzgarla, ahora que hijo mío, no sé dónde te habrás fijado. Supongo te habrás tenido que fijar en su belleza interior, muy interior, para que te haya dejado tan hechizado, pero hijo mío, tengo que decirte qué gran alegría me das, cuantas veces he soñado con esta conversación.

—Es como la rosa blanca de un jardín, como los rayos del sol que alimentan el trigo —dijo Diego—, como el agua del molino que nos abastece y nace de los ríos y los manantiales.

La Condesa se resintió pero no dejó de mirar extrañada su hijo porque seguía sin dar crédito a que su hijo pensase que Justiana era bella e inteligente, ni mucho menos que se hubiera enamorado de ella, de forma tan alocada.

—No sabes cuán afortunada me haces hijo mío —se autoconvencía la Condesa—. Espero que lo hagas oficial pronto, después de la

enfermedad de tu padre ya era hora que en esta casa tuviéramos una buena noticia.

—Madre, cada día es un amanecer y sé que pese a la luz sombría que nos cobija por la enfermedad de padre, el futuro está lleno de esperanza.

—Que así sea y bienvenida sea. Celebremos esta gran noticia. Vayamos a ver a tu padre para brindar por ello.

—Todo a su tiempo madre, todo a su tiempo —dijo Diego—. Todavía no es oficial, todo a su debido tiempo.

Diego se fue.

Entró Catalina al salón y vio a la Condesa.

—Ah, es usted —dijo la Condesa, con lentitud, pasando de la felicidad a la angustia en cuestión de segundos.

—Descuide condesa, estoy segura que pronto dejaremos de incomodarla con nuestra presencia. El señor Conde quiere hablar conmigo. Al parecer su salud va empeorando y no quiere demorar más nuestro encuentro.

—Ahá... —dijo la Condesa.

—La noto un poco, distante, señora Condesa —dejó ir Catalina, como el arquero que raudo dispara su flecha—. ¿Algo nuevo?

—Por fin buenas noticias, tenemos buenas noticias en esta casa —dijo la Condesa—. Uno sabe que el ser humano es altamente potencial para aguantar durante mucho tiempo, que nos podemos quedar sin oxígeno, que las penurias pueden ser eternas, pero que también es necesario que haya un halo de luz ante y entre tanta sombra. No siempre todo ha de ser malo, a veces, lo bueno nos ilumina el camino hacia otro nuevo día lleno de esperanzas.

—Importante noticia ha tenido que llegar a sus oídos para que esa tristeza se convierta en alegría, aunque sea por un instante —dijo Catalina.

—Mis ojos ven constancia —dijo la Condesa—. Mis manos abrazan esfuerzo. Mi nariz huele trabajo. Mis oídos escuchan empeño. Mi boca, por fin, ahora, saborea resultado.

—¿Y se puede saber cuál es esa gran noticia que deja ver su lado

amable, Condesa? —dejó escapar Catalina, con una mueca socarrona.

—Mi hijo. Parece ser que va a prometerse con una bella joven.

—Mis máximas felicitaciones, señora Condesa —se atragantó Catalina, a quien en el tono se le notaba que no le había sentado bien la noticia—. Por fin, veremos continuar el legado de los señores Condes. Y se puede saber quién ha sido la dama que ha robado el corazón a tan joven apuesto y caballero como es Diego de Entenza. Sin lugar a dudas, tiene que ser una gran mujer, por lo pronto bella e inteligente.

—Bella, bella, lo que se dice bella —dijo la Condesa—, qué santa manía os ha dado con lo de la belleza, ohhh, pero todavía no es oficial, aunque sospecho de quién estamos tratando.

—Ah, sí, ¿y quién es la afortunada? —curioseó Catalina—. ¿No será una de mis hijas? —rió, discreta, aunque esperando que así fuera, mientras la expectación reflejada en el rostro le tensaba todos los músculos.

—Jajaja.... —rió la Condesa—. Goza usted de buen sentido del humor, señora De Odena, pese a estar siempre rodeada de difuntos que no tienen mucha conversación. Ha desarrollado usted un sentido del humor excelente. No saben lo que se pierden al no poder conversar con usted, lástima —esa vez se carcajeó de verdad ante lo que acaba de escuchar, como graznidos de garza—. Sus hijas, sus hijas…

Catalina se puso seria y dejó que la Condesa riera hasta que se detuvo.

—No pensaba yo que mis hijas le produjeran tanta alegría, señora Condesa —dijo, con sequedad, Catalina—. Podría ser. Al fin y al cabo

han tenido varias conversaciones y encuentros. Podríamos estar hablando de ellas, perfectamente, señora Condesa. El poder de mis ojos alcanza límites insospechados. Yo de usted guardaría esa alegría para sacarla el día que le presenten a la afortunada mujer. Supongo que esa sonrisa se le esfumará de inmediato, si semejante circunstancia se produjera. ¿Eso nos haría ser de la misma familia, no? ¿O acaso no está hablando de alguna de mis hijas, Señora Condesa?

La Condesa se enfadó. Arrugó los labios como una niña pequeña a la que desposeen de su juguete, y la sangre le enrojeció el rostro y las mejillas.

—Semejante idiotez y menuda barbaridad acaba usted de decir, Señora de Odena —titubeó la Condesa—. Por supuesto que no hablaba de su hija, yo estaba hablando de la hija del Marqués de Aitona, Justiana, se la he presentado mil veces, ha venido a pasar días con nosotros con miles de excusas y parece ser que por fin este muchacho se ha fijado en ella. Hace poco he conversado pues ha venido a tratar unos asuntos familiares. ¿En qué cabeza cabe? ¿Y cuándo han estado hablando su hija y mi hijo? No me ha comentado nada. Faltaría más, ¿ mi hijo Diego con alguna de sus hijas?

Se sirvió un licor. Respiró.

—Lo que tiene que sufrir una madre por el bien de su familia —añadió la Condesa, en voz baja, guardando en el paladar un movimiento de serpiente que repta en el desierto, esperando liberar su veneno para inocularlo en su presa.

—Usted lo ha dicho todo, lo que tiene que sufrir una madre por el bien de su familia —dijo Catalina—. Doloroso papel nos ha tocado ser

por estar en esta función del teatro que es la vida. Subiré a ver al Sr. Conde a que me explique cuál es el verdadero motivo por el cual fuimos invitadas. Siendo así, mañana mismo marcharemos a vivir a la aldea. Empiezo a tener asuntos de los que tratar y así no seremos más un incordio para esta familia. Siempre he salido adelante frente a las adversidades, y créame, mi vida nunca fue sencilla hasta que conocí a mi difunto marido que me dio un nombre y una profesión. Sólo Dios sabe cuánto he tenido que luchar para tener todo lo que poseo, siempre la envidia y la mala fe han obrado a mi alrededor, no les basta con conseguir lo suyo a base de esfuerzo, no, lo quieren conseguir todo, quitándoselo a aquel que ya lo ha conseguido. El ser humano es así, se alegra de las desgracias ajenas, se crece ante el sufrimiento de su semejante, destruye todo de aquel que no puede alcanzar, barre con todo aquello que le sobrepase. Mi pecado fue haber nacido en el seno de una familia pobre, humilde y sin esperanzas, cuyo encuentro desafortunado con un hombre que se creía amo y señor de todo lo que sus manos alcanzaran, incluidas las personas, sin piedad, sin miramientos, con indiferencia, pisando y haciendo suyo todo a su antojo. Si, Señora Condesa, yo también sufrí por la familia, sufrí por haber nacido en un sitio que no me merecía, robándome la infancia y la adolescencia, y llevarse con ello, lo más apreciado de toda mujer. Quizás se llevó mi cuerpo, pero no mi alma.

Sí Señora Condesa, mi vida no ha sido nunca un camino de rosas, sino más bien de espinas, y tuve que sacar adelante a mis hijas, primero a Mercedes, sola. Luego con Blanca logré salir de esa miseria, aunque fuera con todas sus consecuencias. Es cierto Señora Condesa, no

elegimos donde nacemos, y no por eso nos merecemos ser rechazados, pero gracias a Dios, la lucha, el esfuerzo y el trabajo, sí podemos elegir donde vivir el resto de nuestras vidas. Todos merecemos ser felices, incluida usted Señora Condesa. Todos merecemos ser felices y que nadie nos impida serlo. Esa es mi infancia Señora Condesa y parte de mi adolescencia. El resto, ya lo conoce. Si me disculpa, su marido me espera y descubriremos el porqué ha requerido nuestra presencia antes de lo previsto.

Catalina salió. En el salón flotaban las imágenes del ascenso social de los Condes. Pensó en los nidos de las garzas que encuentran hilos, colillas, briznas de paja o restos de cerillas y entretejen hogares como el de aquel castillo, sometido a una tibia y larga cohabitación doméstica, como una ancha avenida que muriera confusa en una umbría y solitaria pista forestal.

La Condesa la miró. Se quedó abatida. Sintió que por todas las grietas de la villa, desde todos los montones de leña, desde las barracas de madera y las piedras lejanas, aquella bruja la espiaba, le soplaba en la nuca, como sopla el hocico de un perro bajo el quicio de una puerta.

Catalina estaba frente a la puerta de la estancia del conde, sin saber aún que éste era también duque de Cardona, y conde de Ampurias.

La luz se consumía en el candil de azufre.

El rojizo castillo de Prades contemplaba los campos desde las espléndidas almenas.

El horizonte amenazaba tormenta y los secos miembros del Conde se resentían, como si estuviera cabalgando con el viento cortante de cara, que silbante le zarandeara, moliera y traspasase.

Antes de entrar a la habitación del conde, frente a la puerta de roble, Catalina contempló el paisaje por la amplia ventana de vidrieras tintadas de colores. La abertura dejaba entrever el jardín. Justo a la hora de tocar la aldaba, Catalina se detuvo al percibir las voces, las alegres risas cantarinas, que a lo lejos captaron su atención.

Eran los sonidos de Blanca y de Mercedes que revoloteaban sobre la hierba, como dos mariposas buscando con la lengua el néctar de las flores.

Catalina se detuvo ese instante. Dudó pero llamó a la puerta. Quería descubrir, por fin, el motivo por el cual las había contratado, aún estando ante las puertas de la muerte,

Sin embargo, pudo más el hecho de comprobar y saber a qué vendría el juego infantil, alegre y jovial de sus dos hijas, el solo pensamiento de perder el control pudo más que la incertidumbre del traslado.

De inmediato, Catalina bajó las escaleras.

Una vez en el rellano, abrió la puerta que daba al jardín de la casa, y al eje central en cruz hacia los cuatro puntos cardinales. Llegó al puente pequeño, donde fluía el agua de un estanque y donde se reflejaba, enmarcado, el patio amurallado del castillo.

Era inmenso.

Los cuadrantes contenían árboles frutales y plantas aromáticas traídas del Oriente, en uno de esos tantos viajes, que había realizado antaño el Conde.

Los sentidos percibían en derredor por el jardín el frescor, la humedad, los sonidos, el verdor y la fragancia.

Estaba adaptado a los movimientos del sol y al calor propios de la comarca, por lo que el agua era el elemento primordial, alrededor del cual se articulaba todo el paisaje y todas las flores del jardín.

Al cruzar el puente, había un banco, de forja gris, que llevaba al estanque en su parte más profunda. Las vistas eran increíbles. Al fondo se veía a Mercedes y a Blanca, ajenas a la presencia de su madre, quien las observaba, agazapada entre los arbustos, en silencio, esperando sorprenderlas en el instante preciso.

Allí estaban las dos, sentadas en otro de los bancos, de los tres que tenía la cúpula, vigiladas por las pérgolas cubiertas de rosales trepadores, por las rosas diminutas y rojizas, algunas ya medio abiertas y medio vacías por la llegada de la nueva estación.

—¿Se puede saber cuál es el motivo por el cual estáis, aquí, tan risueñas y felices? —les espetó Catalina, con voz profunda y contundente.

Mercedes y Blanca dejaron de jugar al instante, al sentirse sorprendidas por su madre. Catalina tenía el don de la *inoportunidad* y de zanjar todo aquello que aportase alegría, vida, risas, juegos y momentos felices.

—Sentimos mucho, madre, haber perturbado vuestra tranquilidad.

Solo estábamos pasando el rato —alegó Mercedes, cabizbaja y sumisa, ante la imponente mirada de su madre.

—Déjala Mercedes, tiene el don de fastidiar siempre nuestros momentos más especiales —añadió Blanca, más desafiante que nunca.

—No empieces una batalla que sabes que no puedes ganar y no desobedezcas mis órdenes. Creo que os dejé bien claro que de la habitación no podíais salir, salvo nuevas órdenes y que yo recuerde, hasta el momento, no las he dado ni las pienso dar —vociferó, enfurecida.

—Madre, no hacemos nada malo. Hemos pensado que mientras usted estaba con el señor Conde podríamos disfrutar un instante de este maravilloso jardín.

Pensar, las hijas de Catalina se habían atrevido a pensar. Para Catalina que una mujer pensase era sinónimo de querer libertad, una señal de que se hacían más fuertes, empezaban con el pensamiento y acabarían con la acción y eso conduciría al descontrol y a la rebeldía. Pensaba que quién ama el peligro, en él perecería.

—Madre, no puede gobernar en nuestro corazón, puede creer que nuestra alma cautiva está bajo su control y que no seremos libres, pero no puede decidir cuáles son nuestros pensamientos —le gritó Blanca, mientras Mercedes se mantenía inmóvil.

—¿Y nuestros actos? ¿Acaso pretende controlar también nuestros actos? ¿Acaso quiere apagar la luz del sol con un solo dedo? A veces he pensado. Sí, madre, he pensado. Que nuestra vida es breve y se hace larga por los infortunios, unas veces traídos por el destino, otras impuestos por quienes deberían evitar que nos sucediera. Vivir en la

sombra, de forma constante, va contra natura. Un día la luz brillará entre tantas tinieblas. Algún día la luz que usted intenta apagar resplandecerá entre nuestras tinieblas.

Catalina no dijo nada, por primera vez en mucho tiempo su voz fue silenciada por las palabras de Blanca. Comprendió que no tenía fuerzas ni ganas de luchar contra su propio destino.

Había llegado la hora de aceptar la decisión de Dios y aceptar que para vigilar al dragón hacía falta que éste estuviera dormido y que recordaría siempre que tomó la equivocada decisión de partir.

—*Catalina, conserva la mente serena hasta en los momentos difíciles* — era una vocecilla que se le repetía una y otra vez, una y otra vez.

—Está bien, que las armas cedan ante la toga. Romperemos el silencio en otro momento. Ahora no. Ya desataremos las palabras más tarde. Hemos venido a trabajar y cumpliremos con nuestro oficio. Estaremos el tiempo necesario, en el castillo, hasta que el señor Conde muera y nos toque llorarle. La muerte es cierta, la hora desconocida. Me voy. No debo impacientar a quién por ahora nos alimenta y sirve un plato en la mesa, a quien nos cobija bajo su techo y nos ofrece la ocasión de ganar fortuna.

—Madre, ¿entonces eso quiere decir que nos quedaremos en este lugar por mucho tiempo? —preguntó Mercedes incisiva.

Ansiaba saber la respuesta.

—La verdad es hija del tiempo, Mercedes. Si eso es lo que queréis, al acabar este trabajo seréis libres. Esta vez no sólo de pensamiento. Cerraremos el balcón de los ataúdes negros para abrir el de los

ataúdes blancos.

Blanca no daba crédito a las palabras de su madre, cuyas intenciones siempre se escondían tras los diversos significados de sus palabras, pese a éstas mismas, los gestos, la mirada y la manos la hacían desconfiar.

Mercedes en cambio sí daba credibilidad a la promesa. Quizá porque necesitaba creer, necesidad que alimentaba en el hambriento corazón, en la alocada sed, en el deseo de poder amar en libertad.

Catalina marchó por el mismo sendero que recorrió para llegar a sus hijas. Se fue como la mujer altiva que camina por delante de su sombra, trazando los pasos como el agua que oculta el manantial sucio, la fuente contaminada, llevándose al animal oscuro que acechaba dentro de sí misma.

Blanca y Mercedes dejaron de jugar. Pensativas ambas por la incertidumbre ante las intenciones de su madre. Cada una pensaba lo contrario de la otra. Blanca no creía capaz a su madre de darles la ansiada libertad. Mercedes, incrédula y cegada por el amor, no pensaba en otra posibilidad más que no fuera quedarse y conquistar a Diego.

Se levantaron. El banco del puente las detuvo de nuevo. Se sentaron y sostuvieron la conversación que decidiría su futuro y sus vidas.

—Hermana, recuerda, el águila nunca caza moscas. Detrás de estos muros grises, sólo se oyen llantos. Un día de estos me marcharé, hermana, me marcharé bien lejos.

Mercedes escuchaba a Blanca, muy atenta a lo que le estaba

confesando.

—No tengo nada que ganar y tampoco nada que perder.

—No digas eso, Blanca, tenemos una vida por delante y una juventud que malgastar.

Mercedes intentó animarla. Para ella toda la oscuridad se había desvanecido. Para Blanca todo se había convertido en la eterna muerte. ¿Acaso iba a ser esto, para ella, la vida?

Para Blanca, el referente de su madre, el haberse casado tan joven, el tener que criar a sus hijas sola, todo parecía correcto en la superficie. Bueno, en su contra, el haber tenido durante años el poder absoluto, el poder de controlar sus vidas, de haber desafiado el transcurso de la misma, de la propia naturaleza, conducía al error, al engaño de determinar quién dicta lo que es bueno, quién dicta lo que es malo, el orden establecido de las cosas, el Universo que no deja de ser caótico en esencia, las personas que imponen y determinan el pensamiento contra el corazón, y nuestro sentido del mal deteriorándose, a cada instante, si dejamos que secuestren nuestras acciones y emociones.

Blanca estaba sumergida en una encrucijada de senderos que se bifurcan hacia lo desconocido. No sabía para que lado inclinarse. Su madre era la mujer que le había dado la vida y a la vez era la mujer que se la estaba arrebatando.

Mercedes se impacientaba al ver a su hermana ofuscada por sus pensamientos, hasta tal punto que llegó a abstraerse entre el paisaje del jardín. Nunca antes se la había visto con la mirada tan perdida.

Recogió su capa y los pocos trastos que se habían llevado al jardín.

—¿No vienes, hermana? Mira que empieza a refrescar.

—No te preocupes. Necesito estar sola. El frío de fuera no es comparable con el frío que siento dentro de mí.

A Mercedes se le ocurrió una gran idea oyendo a su hermana con tanta tristeza. Se marchó a buscar las tijeras de podar y pensó que podrían hacer un ramillete a madre en señal de gratitud, respeto y cariño.

Se levantó del banco, de forja gris, donde estaban sentadas.

—Ahora vengo hermana. Voy a buscar algo.

Blanca asintió con la cabeza, no con la intención de aprobar la marcha de Mercedes sino con la mirada puesta en otras posibilidades. No había salvación. No sabía mentirse ni resignarse. No quería olvidar lo sucedido y abocarse en el futuro más oscuro, el del carbón de leña que va del fuego a las cenizas. Densas voces en el pecho dañado la animaban, pese a que los planes maternos le impedían ver el sol, el nuevo sol.

Ya no temía nada. Se había liberado de la inmovilidad, del pensamiento, del corazón. Todo podía acabarse pronto, muy pronto. Cuando ella quisiera.

—*La muerte soy y hoy sé que he perdido ante la vida* —se decía a sí misma— *no quiero ir hacia ella a su orden así que soy yo la que decido dónde, cómo y cuándo. Hemos llorado lágrimas que no son nuestras, arrebatadas por el destino cruel, nunca decidido por nosotras, hasta el día de hoy.*

Blanca siempre llevaba encima sus hojas de pergamino. Las desdobló al recordar que la acompañaban. Le encantaba anotar todas las experiencias, emociones y situaciones que vivía, que le reconfortaban junto a la luz de las nocturnas velas, cuando todo se le echaba encima, cuando podía releerlas en la tranquila intimidad. En ellas conservaba agua para su sed, pan para su hambre, calma para la tormenta interior.

Empezó a escribir en lo que quedaba de ellas. La intención era clara. Escribiría su despedida.

Lloró sobre las primeras letras y mojó el pergamino con su tristeza:

"*Voy a matarme.*

No me queda nada de él. Le he perdido. No puede ser mío. El universo sabe lo que habría luchado si no fuera imposible estar con él. Me pierdo en el dolor constante de amarle y no poder dejar de amarle aunque no deba amarle. Querría vivir y he de morir. Querría recordarle y que me recordara pero me olvidará y sabré cómo se siente el corazón al descansar, cómo se muere cuando no puede tenerse lo que se ama.

Madre, me diste la vida y ahora me la quitas.

No te entiendo. No te perdono. No puedo asumirlo.

Mi sombra es el centro de toda esta catástrofe. No quise venir ni a este momento, ni a esta época ni a estas circunstancias. Ahora el dolor me mata como la daga de misericordia asesina al caballero herido en la batalla.

La luz ha desvelado tus oscuros secretos y ahora sé que nada es cierto. Todo era mentira. Cerraré mis ojos tristes para ver a padre saludándome.

Correré, correré. Correré tanto que ni la luz podrá alcanzarme. Me

abrazaré a su cuerpo con los brazos abiertos, ansiosos, por recibir ese abrazo que tantas noches he echado de menos, tantas calendas que giraban en la niebla, en el lugar de las ambiguas realidades.

No tema, nada le sobrevendrá. Ya no hay porqué llorar para otros, madre. Ahora podrá llorar por los suyos.

El silencio, el silencio siempre. Las monedas de plata del sueño que hoy me ha roto, nos ha roto, se le ha roto. La soledad liberta las palabras para poder decir: hasta siempre.

A ti, mi hermana del alma, necesito implorarte, pedirte, rogarte que seas feliz. Sé feliz por ti y por mí. No dejes escapar a tu destino, tu nuevo destino. No vuelvas a cometer el mismo error. No vuelvas a dejarlo escapar. Tu amor te espera, tu amor y tu destino.

Te quiere, Blanca”

Blanca dejó la nota en el banco de forja gris que tenía el mismo puente del estanque que serpenteaba el jardín, donde habían estado sentadas.

Sabía que Mercedes volvería, tarde o temprano, para coger esas rosas, las rosas rojas, penetrantes, que señalaban el perdón, que le dirían lo que a veces, tantas veces, nos cuesta decir y admitir. El perdón cuando nos equivocamos. El perdón puede llegar demasiado tarde, aunque sea ese tiempo tan minúsculo, tan fugaz, como a la vez tan decisivo y no nos demos cuenta hasta que lo perdemos, hasta que nos lastima la pérdida.

Con solitarias huellas se aproximó hasta el banco, de forja gris, hasta ver el puente del jardín que dejaba entrever el estanque,

serpenteando frondoso, bajo esa luz que Blanca decidió escoger para entrar en la oscuridad.

Las lágrimas se disolvieron en el agua verde, amarillenta, inundada de hojas muertas, secas, lloradas por las ramas de los árboles, mudos y sepulcrales, que disolvían su silente dolor como lluvia que acaba de estrenarse en el otoño.

Ajena a lo que había sucedido, y a lo que más tarde le iba a tocar descubrir, cuando Catalina salió de ver al Conde, cuando cerró la puerta tras sus cansados hombros, parecía que tuviera los ojos de mármol, la color se le había mudado y le temblaban las rodillas, como si hubiera empezado a sostener todo el peso del mundo que creía extinguido, imposible, increíble.

13

Cuando salió de ver al conde, como si se hubiera perdido por el castillo, el mundo, el tiempo, Catalina deambulaba escalares abajo mirando al vacío.

Llegó Mercedes con las tijeras de podar y una manta.

—Madre, ¿qué hace aquí? —dijo—. Quiero decir que la llevo buscando desde hace un rato. Llevo esta manta para su habitación. Esta noche, según dicen, parece ser que refrescará.

Catalina no habló.

—Madre, ¿se puede saber qué le pasa? Parece que haya visto un fantasma.

—El pasado nunca se olvida de ti —respondió Catalina—. Por mucho que pasen los años, tarde o temprano vuelve a buscarte.

Mercedes pensó que su madre sabía algo. Algo que ocultaba tras los ojos y los labios y una pose rígida como una estatua de mármol.

Catalina deambulaba como un fantasma.

—Madre, no habrá hablado con Blanca —dijo Mercedes.

—Siempre vuelve —dijo Catalina.

—Madre, me está asustando, ¿de qué habla?

—Lo sabía, he intentado mantenerlo en secreto pero al final todo se sabe —dijo Catalina—. Intenté llevarte lejos pero no ha sido posible. Nos marchamos lo antes posible de esta casa y esta vez mucho más lejos. Bien sabe Dios que voy a echar más tierra que la misma que les echaron a todos los difuntos juntos que lloramos. ¡Marchamos!

—¡No! Madre, lo siento, lo siento mucho —dijo Mercedes—, yo no quería, pero ha pasado, ha pasado sin más, nos hemos enamorado.

—Pero ¿se puede saber de qué estáis hablando, Mercedes? —preguntó Catalina—. Explicaos.

—Madre, ¿no está usted hablando de lo mismo?, lo mío con el hijo del Conde, estoy segura que ha sido un flechazo, un flechazo divino. Dios ha querido que vengamos a este lugar por algún motivo, madre. Y creo que ese es el motivo.

—¿Que tú y el hijo del Conde…? —enarcó las airadas cejas Catalina—. ¿Cómo es posible? No puede ser, no puede ser.

—Bueno madre, todavía no es oficial pero hoy creo que me lo ha confesado —se ruborizó Mercedes—. Estoy enamorada del señor Conde, bueno, de su hijo, y creo que él también de mí....

—¿Estás loca? —le recriminó Catalina—. ¿Cómo te vas a enamorar del hijo del Conde? ¡Eso es imposible, no puede ser!

—Lo siento madre —dijo Mercedes—, pero esta vez soy yo la que digo que no.

Catalina estalló. Su cuerpo tenía la consistencia de un pudín o de una gelatina, bajo la cual acababa de producirse un fulgurante relámpago. Sintió la angustia del párroco que al acabar el día sopla los cirios, y se queda a solas con el olor a colilla que las velas que ha soplado, una tras otra, hasta quedar a oscuras.

—¡No puede ser, no puede ser, no puede ser ! —negaba con la cabeza, con voz abatida—. ¡No os podéis enamorar! ¡No estaría bien!

—Madre, se puede saber porqué no puede ser, porqué no estaría bien —pedía Mercedes—, ¿acaso no puedo ser feliz? ¿Es que es

inmoral enamorarme de nuevo?

Empezaron a gritar.

—Mercedes, ¡¡¡no hija mía, no puede ser!!!! —subía el tono Catalina—. ¡¡¡No puede ser!!! ¡¡¡He dicho que no!!! Porque es tan cruel el destino. Tan cruel.

—¿Destino? ¿De qué destino habla madre? —preguntaba Mercedes —. Ah sí, pues ya puede pegarme como a mi hermana porque si le digo que yo amo a ese hombre, lo amo, lo amo.

—¡He dicho que no puede ser! —exclamó, tajante, Catalina, tras guardar silencio unos instantes.

—Ah no y dígame ¿por qué, por qué, por qué?

—Porque es, es. Porque está enamorado de otra mujer —mintió Catalina—, Mercedes, su madre me lo dicho esta misma tarde.....

—¿Q....q.....q...queeeeé ??

—Créeme Mercedes, ese hombre no te conviene —afirmó Catalina —, por eso y por otras cosas más.

—Madre, es usted.....es usted, ….es usted peor que las alimañas — estiró los dedos de las manos Mercedes, como una gata que fuese a sacar las uñas—. Inventarse semejante mentira, esta vez no madre, esta vez no pienso caer en su juego.

—Esta vez has de creerme hija mía —imploró Catalina—, no me lo estoy inventando.

—Está bien, madre, y qué si está enamorado de otra, no importa — giró altiva la cabeza Mercedes—, estoy segura que con un poco de tiempo se enamorará de mí, solo me hace falta tiempo, no es ningún impedimento para frenar esto que siento madre, mataría si hiciera

falta, es más, hasta me mataría yo misma. ¿Sabe lo que es morir de amor madre? ¿Lo sabe?

—Morir no hija, pero sí sé lo que es sufrir —dijo Catalina.

—Está bien, no importa —dijo Mercedes—. Me costará un poco más de lo que tenía pensado, pero podré conseguirlo y como esa arpía se meta por medio, me la cargo.

—Tienes tanto de mí como tanto de tu padre —decayó el tono de Catalina—. No había Dios, ni nadie, que se le pusiera delante.

Mercedes siguió a lo suyo.

—Además sé que le caigo bien, le hago gracia y he notado como me mira, madre —dijo Mercedes—, seguro que se olvida de esa otra en cuanto descubra de mis encantos.

—No os reconozco.

—¡Calle! ¡¡Por una vez en su amargada vida, calle!!

—Me estáis asustando Mercedes.

—Acaso está usted sorda, ¿no le he dicho que CALLE!! —vociferó, poderosa, Mercedes—. Durante años he estado en la sombra, siendo su sirvienta más que su hija, ignorada, desestimada, siempre diciendo sí a la santa madre, siempre complaciéndola, nunca contradiciéndola, y ¿qué he recibido a cambio? Indiferencia madre, ignorada siempre. Siempre con la esperanza de que me demostrara una milésima parte de amor de lo que le mostraba a Blanca. Blanca, sí Blanca, la hija perfecta, la que siempre se llevaba todos los caprichos y reconocimientos de padre y de usted, su hija, madre, pero usted no tenía dos hijas, noooo, usted sólo parecía que tenía una sola, ¿por qué madre???? Porqué nunca recibí un cumplido suyo, un abrazo, una

caricia, una sonrisa, un te quiero...

—Mercedes —musitó Catalina.

—Sí, madre, nunca recibí nada de eso —se quejó Mercedes—, mientras que Blanca era la niña perfecta, la muñequita linda, la tarta especial en todos los cumpleaños, ¿por qué madre??? ¿Por qué sus ojos y su alma me miraban con tanta vergüenza y reproches, porqué nunca sostuvo una mirada sincera y tierna conmigo y no como siempre, dándome de lado? ¿Qué esconde usted que es más fuerte que el amor que siente una madre hacia su hija??????

Se agachó mientras decía la última frase.

Mercedes se acercó a su madre que estaba en el suelo.

Las dos se miraron fijamente.

—Hija....yo.....vos..... —Catalina dejó caer la mirada hacia otro lado, no la pudo sostener y se llevó la mano al corazón.

—Ve, es a esto a lo que me refiero, madre —se levantó Mercedes—. Está bien, no hable, y llévese el secreto a la tumba, yo sé que a partir de hoy seré libre para buscar mi felicidad. Conquistaré a ese hombre, le guste o no le guste, y le entregaré mi corazón.

—Será mejor que no lo hagas —amenazó con tibieza Catalina.

—Siempre oponiéndose a la felicidad de las personas.

—Yo de vos me olvidaría, hija mía. ¡Yo de vos lo haría, no debéis, no podéis! —gritó Catalina.

—Ahhh sí, es increíble, no tiene usted suficiente.

—He dicho que NO.

Se acercó otra vez.

—Ahhh no, venga, ¿por qué no?, dígame madre —exigía Mercedes

—, ¿por qué no?

—¡Porque vuestro amor es imposible!

—¿Por qué madre? —insistió Mercedes—. ¿Qué me oculta?

Gritaron las dos que volvían a estar cara a cara.

—¡Porque es tu HERMANO! —dejó ir Catalina, como la salva de un cañón en fiestas.

Fue como si el mundo le entrara por los ojos. Rostros, casas, paisajes, conversaciones, muertos, llantos, agresivos, inquietantes y embriagadores. El mundo se le echó encima de improviso, y le daba una dentellada mortal en la conciencia, engullida por cuánto imaginó. Mercedes cayó al suelo. Se quedó inmóvil, casi convertida en una estatua de sal.

—Perdóname hija mía —tragó saliva Catalina—, no quise decírtelo. Nunca, nunca. Tu padre se llevó el secreto a la tumba, y yo me juré a mi misma que también nunca lo diría. Fue hace años. Muchos. Todavía no había conocido a tu padre y el Conde no era conde, sino un Señorito caprichoso que hacía y deshacía a su antojo, pero créeme hija, nunca quise decirlo. Quise enterrarlo por siempre, pero ha sido el mismo Conde quién nos ha estado buscando durante estos largos años, su remordimiento, conciencia y voluntad de irse de este mundo limpiando sus pecados le ha hecho remover el pasado, aunque yo lo hubiera dejado enterrado.

Mercedes no dijo nada. Seguía petrificada.

—Mercedes, no fue mi culpa, yo era muy joven, muy joven y fui tomada en contra de mi voluntad —explicó Catalina—, delante de todas las bocas silenciadas por el miedo y el hambre. Fue doloroso, es

doloroso y siempre será doloroso. Uno no olvida, pero solo aceptándolo, se puede seguir viviendo.

Catalina rompió a llorar en el suelo.

—No es fácil, nada es fácil, nunca ha sido fácil y necesito tu perdón. Perdóname hija, ¡perdóname! —imploró Catalina—. Aceptar que el Conde es tu padre y que sois hermanos es cuestión de tiempo. Créeme, el odio no lleva a ninguna parte, no sana, al contrario, ahonda aún más la herida.

Mercedes se levantó ipso facto.

Miró a su madre. Miró al frente. Rompió a llorar pero en silencio con la vista puesta hacia delante.

—Hija decidme algo, decidme algo —rompió a llorar Catalina—, no os quedéis en silencio, el silencio es una armadura, la armadura de aquellos que sólo quieren castigar.

Las lágrimas se le agolpaban en los ojos como torrentes inundando dos pozos, y parecían sepultarlos en lagos o en lejanos mares, mientras las nubes vagaban sobre los edificios, pesaban grises sobre las cúpulas, los campanarios y los llantos, y en las voces reverberaban angustias, silencios flotantes y almas cansadas.

La música acudía a sus oídos. Le arrancaba la vida de la nariz, el mentón y los pómulos. Se esfumaba como el color del polvo en el ala de una mariposa. Le llegaba al oído como el rumor de una caracola, como la cantinela de un océano de tristeza que convertía la vida en algo insípido, en un entrechocar de dientes con la nada, en el bergantín que flota y se bambolea a merced del viento, en una capa de barniz, cerosa, que daba a una escultura la patina mortal de la piedad.

Mercedes, erguida, no dijo nada. Miró las tijeras. Se las clavó cayendo al suelo, para yacer ante los ojos de quien la había traído a este mundo, frágil, pequeña y rota.

Catalina la cogió, vencida y silenciosa. Gritó al frente. Gritó como aúlla la loba en la noche oscura, empapada por las lluvias de noviembre. Gritó como la cáscara de un huevo roto por un seco puñetazo.

Sostenía en sus brazos, abiertos, el cuerpo inerte de Mercedes. Lo sostuvo hasta que flaquearon sus fuerzas y ambas cayeron, de bruces, contra el suelo. Su corazón de hielo empezó a derretirse, desgarrado de dolor. Todo el dolor del mundo le desmembraba el cuerpo.

Y lloró. Lloró, de hinojos sobre el suelo, frente al cadáver, la sangre de su sangre y el silencio. Por segunda vez lloró lágrimas que no procedían del dolor ajeno.

La sal se fue secando en sus mejillas y, a partir de ese instante, nada volvería a ser lo mismo. No había casa a la que volver. No había hijas que la esperasen. Todo era silencio. Aquellas fueron sus últimas lágrimas. Aquel, su último trabajo. Y, desde entonces, nada podría cerrarle la brecha del último llanto.